52

COLECCION

DE LAS

MEJORES COMEDIAS

DEL

Lope de Vega

TEATRO ANTIGUO

Y MODERNO ESPAÑOL.

Rojas Zorrilla, Ant.

MADRID:

—

rería de D. José Cuesta, calle Mayor, en donde se
ará un surtido de mas de cuatro mil títulos del teatro
iguo Español, y todas las del teatro moderno, y un
n número de sainetes, entremeses, y unipersonales y
piezas en un acto.

Comedias que se hallan de venta en la librería de Cuesta cal

Abre el ojo ó Aviso á los solteros.
A buen padre mejor hijo.
Anillo de Gijes (tres partes).
Antes que te eases miralo que haces.
Armas de la hermosura.
Aspides de Cleopatra.
Baron (el).
Boba para los otros y discreta para sí.
Bruto de Babilonia.
Buscona ó el Anzuelo de Fenisa.
Café (el) ò la comedia nueva.
Casarse para vengarse.
Castigo de la miseria.
Cerco de Roma.
Conde de Saldaña (dos partes).
Con quien vengo vengo.
Criado de dos amos.
Dar la vida por su dama.
Defensor de su agravio.
De fuera vendrá quien de casa nos echará.
Delincuente honrado.
Del rey abajo ninguno.
Desdén con el desdén.
Dómine Lucas.
Emperador Alberto.
Fuerza lastimosa.
Garrote mas bien dado.
Genízaro de Hungría.
Hijos de Edipo ò Polinice.
Huerfanita ó lo que son los parientes
Job de las mugeres Sta. Isabel.
Juramento ante Dios.
Licenciado vidriera.
Lindo D. Diego.
Lo cierto por lo dudoso.
Mayor Monstruo de celos.
Mágico de Salermo.
Mas ilustre fregona (cinco partes)
Mejor alcalde el rey.
Misantropía y arrepentimiento.
Monstruo de la fortuna.
Muger de dos maridos.
Negro de mejor amo.
Negro mas prodigioso.
No hay cosa buena por
No hay peor sordo que quiere oir.
No puede ser guardar u
Otelo ó moro de Venecia
Pintor fingido.
Por la puente Juana.
Primero es la honra.
Príncipe prodigioso.
Raquel (tragedia).
Reinar despues de mor
Renegado de Carmona.
Rosario perseguido.
Sábio en su retiro.
Sancho Ortiz de las R
Secreto á voces.
Señorita mal criada.
Señorito mimado.
Sí de las niñas.
Si una vez llega á quer
Tercero de su afrenta.
Trampa adelante.
Travesuras son valor.
Triunfo del Ave-María
Valiente justiciero.
Ver y creer.
Vida es sueño.
Viejo y la niña.
Zeloso y la tonta.
Aerisolar el dolor.
Convidado de piedra.
Inocencia triunfante.
Mas héróico español.
Mas vale tarde que nu
Perder el reino y pod
Rencor mas inhumano
Restaurar por deshon

EL DESDEN VENGADO.

721648

PERSONAS.

El Conde.
Tomin, Lacayo.
Fabio, Criado
Feniso, Caballero.
Roberto, Caballero.
Celia, Dama.
Lisena, Dama.
El Rey de Nápoles.
Ines, Criada.
Roberto, Galan.
Estacio, Criado.
Lisardo, Padre de Celia.

La Escena pasa en Nápoles.

ACTO PRIMERO.

ESCENA PRIMERA

Decoracion de Calle y Noche.

Salen el Conde y Tomin.

Tomin.

Las tres han dado.

Conde

¿No vés
que el carro nos ha engañado?

Tomin

No ha engañado, pues ha dado
el señor relox las tres.

Conde.

¿Señor le llamas?

Tomin.

¿Serán
culpas?

Conde.

Si, culparte quiero,
que da el relox, mojadero,
y los señores no dan.

Tomin.

Es verdad, mas hay tambien
señores que saben dar.

Conde.

No se les puede negar,
pues dan sin saber á quien.

Tomin.

Yo á lo menos tus costumbres
alabo de tí obligado

Conde.

¿De qué?

Tomin.

De lo que me has dado.

Conde.

¿Qué te he dado?

Tomin.

Pesadumbres.

Conde.

Que tú te quejes de mí,
que un pobre titulo soy,
Tomin, disculpado estoy,
y estará la culpa en tí;
pero yo que sirvo á un Rey
de Nápoles, á un señor,
tan grande.

Tomin.

Tan valor
corre por la misma ley:
lo que tú eres para mí,
eso mismo en el contemplo,
mas levantado el ejemplo.

Conde.

Es verdad, digo que sí;
mas yo que á un Rey he servido
de Nápoles, á un señor,
que á ser el mundo mayor
ser su Rey ha merecido,
no tengo premio, ni espero
que he de alcanzarle jamas;
¿porqué tú quejas me das,
siendo un humilde escudero?

Tomin.

El Rey es Rey, con el Rey
es lo mismo tu grandeza!

que contigo mi bajeza;
porque del mundo la ley
de aquesta suerte dispuso
los estados desiguales,
y los criados leales
como yo viven al uso.

Conde.

¿Por ventura, Tomin, sabes
que niego lo que poseo?
¿No tienes de mi deseo
y de mis gustos las llaves?
¿Si sabes que sirvo á un Rey,
y que dél he de alcanzar,
Tomin, lo que te he de dar,
conforme á la humana ley,
¿porqué te quejas asi?

Tomin.

Eso es verdad, mas bien puedes
guardar la hacienda de mí.

Conde.

¿Yo de tí?

Tomin.

Un viejo tenia
gran multitud de doblones,
y un hijo que en ocasiones
gastaba mas que podia:
el viejo, que era discreto,
en una pared metió
el dinero, y lo guardó,
siendo de sí el secreto.
Alli á un famoso pintor
hizo un sepulcro pintar,
y esta letra en su lugar;
Aqui yace tu señor:
mas no sé como ó por quien

vino del hijo á noticia,
que sepultó la codicia
allí el dinero tambien;
y sacándolo de allí,
todo el dinero cogió,
y aquesta letra escribió:
Surrexit, ya no está aquí.

Conde

¿Y á qué efecto me has contado,
Tomin, ahora, ese cuento?

Tomin

Muy bien puede el pensamiento
haberse agora engañado
en aplicacion bastante;
pero si tan pobre estás,
¿porqué causa, Conde, das
en locura semejante?

Conde.

¿En qué locura?

Tomin.

En querer
á una muger desigual
á tu estado.

Conde.

Es principal,
y basta que sea muger.

Tomin

Mal fuego las queme á todas.
¿Es posible que no adviertas
que de su casa las puertas,
á quien el alma acomodas,
estan abiertas de dia,
por la tarde, por la noche:
ya para á su puerta el coche,
ya sube su señoría,

y el galan á sus cuidados
sale dando mil enojos,
sangrandose los dos ojos,
con lo vigotes alzados.
Ya el caballo á la ventana
pasa haciendo reverencia,
y no ha hecho Apolo ausencia
para que salga Diana,
cuando porque te desveles
con lo que has visto y oido,
suena á su puerta un ruido
de espadas y de broqueles,
tanto que pondria temor
á los que en duda pasaran,
si algunos no imaginaran
que es casa de esgrimidor.

Conde.

Calla, Tomin.

Tomin.

Sinrazones
suyas me obligan á hablar:
nunca te quiere escuchar,
sino es á puros doblones.
Esto era bien que pensaras,
y no que su trato dores,
que ya los quiere traidores.

Conde.

¿Como?

Tomin.

Que tengan dos caras;
no ví muger en mi vida
mas amiga de dinero.

Conde.

Gente suena.

Tomin.

Presto espero
que has de saber que te olvida.

ESCENA II.

Dichos, y sale Fabio criado, de noche.

Conde.

¿Es Fabio?

Fabio.

Si.

Conde.

¿Qué tenemos?

Fabio.

Culparte, Conde, quisiera,
si el tiempo lugar me diera,
de los injustos estremos
que haces por esta muger.

Conde.

¿Cómo?

Fabio.

Apenas á su puerta
llegué, cuando la ví abierta,
y ví....

Conde.

¿Qué pudiste ver?

Fabio

Entrar dos mil embozados
á verla y á requebrarla,
como en campo de batalla,
unos á otros llamados.

Conde

¿No te pudiste engañar?

Fabio.

No Conde, que por mis ojos

echè de ver los enojos
que te pudo Celia dar,
en ser deshonestamente
blanco de mil cortesanos,
que con la lengua y las manos,
atrevida y neciamente
en las acciones mostraba
el gusto de ser querida
de tantos.

Conde.

Si es persuadida,
no la culpes tanto, acaba;
cuanto y mas, que podrá ser
que la casa te engañase.

Fabio.

Pues porque mas no te abrase
tu engaño, echarás de ver
antes que nos corra el Alba
las cortinas de marfil

Tomin.

No eres poeta sutil,
el viejo estilo te salva.

Fabio.

¿Pues como?

Tomin.

Al candor, errante
fulgor: siempre se vincula
dia calza luz emula,
horror que afecta brillante.

Fabio.

¿Qué dices?

Tomin.

Que lo demas
es mecanica poesia.

Fabio.

Yo entendi que hablar sabia.

Tomin.

Pues otra lengua sabrás.

ESCENA III.

Dichos, y sale Feniso de noche.

Feniso.

Armas de amor, señora, son tus ojos,
y siendo el resistirlas imposible
hacen que mi desdicha sea insufrible,
y que al amor le rinda mis despojos.

No puede ya sufrir tantos enojos
el alma que tu amor hace increible,
viendo que ya tu condicion terrible,
seca esperanza, y produce abrojos.

En vos está cautiva la esperanza,
hasta que el si dichoso de vos tenga,
que es quien da vida y luz á la tardanza...

Mas si es forzoso que mi mal se abstenga
hasta perder de vos la confianza,
ó padecer el alma se prevenga. *Vase.*

Conde.

¿Fuese?

Tomin.

Sin duda venia
á decir este soneto.

Fabio.

Que un hombre noble y discreto
tanto en este amor porfia:
¿estás loco?

Conde.

Loco estoy,
y mas que á ser loco llego,

pero como amor es ciego,
ciego en mis engaños ví
¿Es posible que es verdad
que Celia es muger liviana?

Tomin.

No lo verá hasta mañana
con la mucha obscuridad.

ESCENA IV.

El Conde, Tomin, Fabio y sale Roberto.

Roberto.

¿Qué mal te hice? ¿no, que tanto mal?
uno me ha hecho, cuando en el sutil
labio, que en las colores vence Abril,
le ví salir por puerta de cristal.
Para ser á mis cosas desigual,
será no lo disculpa leve, y vil,
sino que digas que es el si civil,
y nunca en mi se halló por criminal.
A cualquiera pregunta eres cruel,
siendo de mi paciencia un no crisol:
mas mirando el misterio que hay en él,
en mas estimo un no de ese arrebol,
entre divinos labios de clavel,
que cuanta plata, y oro cubre el Sol. *Vase.*

Tomin.

A soneto nos han puesto,
vive el Cielo, que estoy tal
que á no ser por mi opinion,
hiciera en esta ocasion
un castigo desigual,
al ser quien es, y quien soy:
¿cómo que Celia me engañe?

Fabio.

Como al honor no le dañe,
olvidala.

Conde.

Loco estoy:
aquestas puertas derriba:
llamemos recio, Tomin,
que á mi intento he de dar fin
si quiere amor.

Tomin.

Ha de arriba.

ESCENA V.

El Conde, Tomin, Fabio, y sale Celia á la ventana.

Celia.

¿Quién llama?

Conde.

El Conde que viene
mas que alegre satisfecho
de tu deshonesto pecho,
que tantos engaños tiene;
á fé que no estabas lejos,
pues tan presto me escuchaste.

Celia.

¿Pues en eso reparaste?
dame agora los consejos
que sueles.

Conde.

¿Pues cómo ahora
Celia, levantada estás?

Celia.

Como tú vienes y vas,
Conde, y señor á deshora

á palacio presumí
que aquesta noche vendriás,
y no me acosté.

Fabio.

¿Auu porfias
en que se burlen de tí?

Conde.

¿Y los que de alla salieron,
aguardabanme tambien?

Celia.

Tratame, Conde, mas bien.

Conde.

Tomin y Fabio los vieron,
y yo tambien, aunque yo
no los ví, que ciego estuve
que de celos una nube,
la claridad me eclípsó.
Bien me pagas el amor,
Celia ingrata, que me debes,
pues aun á hablar no te atreves,
anticipando tu honor
conmigo, y á los estraños
abres puertas, y balcones,
mostrando en tus sinrazones
la causa de mis engaños.

Celia.

¡Estás loco! ¿de mi honor
presumes esa bajeza?
Si te trate con tibieza,
entre gustos, y entre amor,
es por mi honor, que es quien
estimo en mas que mi vida,
y no hayas miedo que impida
ni tu rigor ni desdén,
el abrir puerta de hoy mas

á cuantos me pretendieren.

Conde.

Las nobles que serlo quieren,
no dicen eso jamás.
Bueno es salir de tu casa
tantos hombres embozados,
que hasta los mismos criados
dicen que de infamia pasa;
y negar lo que tan claro
ví yo por mis propios ojos.

Celia.

Si no muestro mas enojos,
es, Conde, porque reparo
en la ofensa de mi honor,
si se alborota la calle.
Si esa culpa quieres dalle
á mi recato y valor,
advierte bien que engañados
tú, y esos criados fuisteis;
que los dos que salir visteis,
como decis rebozados,
han visitado á mi padre
esta tarde, y podrá ser
que os dén, Conde, que temer.

Conde

No hay disculpa que me cuadre;
y el estar tú levantada
á estas horas, y la puerta
de los balcones abierta,
es razon averiguada,
que algunas culpas se encierran
en tus fingidas razones:
que las puertas y balcones,
Celia, de noche se cierran:
mira si es engaño llano

lo que presumen de tí
mis criados.

Celia.

Si de mí,
con término tan villano
quieres formar queja injusta,
advierte, Conde, que soy
noble, y que en poder estoy
de mi padre, que no gusta
de tan altas pretensiones
como de tí se han tratado.
Y si has de mi honor pensado
diferentes opiniones,
no me espanto, que en efecto
estás conmigo enojado,
y como estás desvelado,
no te vale el ser discreto.
Vete á acostar, y mañana,
pues que yo el enojo pierdo,
podrás entrar en tu acuerdo.

Conde.

Celia hermosa y soberana,
escucha, aguarda, que fue
todo aquesto por probarte.

Celia.

Prueba, Conde, en otra parte.

ESCENA VI.

Dichos menos Celia.

Conde.

¿Fuese Celia?

Tomin.

Ya se fue.

Conde.

Celia divina, mi bien;
soberana diosa mia.

Tomin.

Deja la soberania,
que ya estrellas no se vén,
y ya el Alba con sus manos
de záfiros y diamantes
corre los rubios volantes
á los cielos soberanos.
Y la Luna temerosa
del fulminante arrebol,
por sentir que viene el Sol,
se esconde ya vergonzosa.

Fabio.

Mira que por la mañana
has de ir á Palacio.

Conde.

Hay cosa
mas terrible y rigurosa:
aguarda Celia tirana,
vuelve á dar luz á la noche,
que las tinieblas consiente
en ese balcon de oriente
del Sol, que en el rubio coche,
desterrando las estrellas
del círculo cristalino:
haces el mismo camino
por verlas, por ser tan bellas.

Fabio

No des voces, Conde, advierte
que te podrán conocer.

Conde.

Pues mi Sol se fue á esconder,
mi vida será mi muerte:

vamos, Fabio, á morir voy
sin mi Celia soberana.

Tomin.

Todo se sabrá mañana
si te escuchan.

Conde.

Ciego estoy.

Fabio.

Tu engaño ha sido notorio.

Conde.

Venme, Fabio, á desnudar.

Tomin.

Por Dios que me pienso entrar
en el primer refitorio.

ESCENA VII.

Sala en Palacio.

Lisena.

Deseos mal empleados
que en alma y pecho vivis,
y siempre en ella asistis
de pensamientos cercados.
Miedos, temores, cuidados,
dejadme de atormentar,
y si no os quieren pagar,
aunque os deben tanto amor:
paciencia, que la mayor
es el sufrir y esperar
Adoro al Conde, y es tal
mi desdicha y su rigor,
que tiene para mi amor
entrañas de pedernal.
No debo de ser igual

á su valor y nobleza;
mas pues la naturaleza
á amar al Conde me inclina,
he de cercar aunque indigna,
esta heróica fortaleza.
Bien sabeis amor, que soy
culpada en vuestros rigores,
pues que me tratan de amores,
y de acero y bronce soy.
En dos estremos estoy,
y ningun remedio espero,
sino es padecer primero,
pues tan desdichada he sido,
que me quiere el ofendido,
y á quien me aborrece quiero.

ESCENA VIII.

Dicha, y sale el Rey de Nápoles.

Rey.

No en valde, Elena hermosa,
al favor de tus estampas
respiran olor las flores,
y sudan sus hojas ambar.
No en valde las claras fuentes
á los impulsos del agua,
eran á los fines perlas,
como á los principios nacar.
No en valde las avecillas
en dulces coros cantaban
versos de amor no entendidos,
aunque es en versos gran falta.
No en valde de sus asientos
se descolgaban las ramas
á contemplar tu hermosura,

que aun tienen alma las plantas.
No en valde aquestos arroyos
entre arenillas de plata,
viendo tu divino rostro,
de sí mismas murmuraban.
Pues como viendo que sienten
aves, cuadros, plantas, aguas,
nacar, perlas, ambar, fuentes,
¿viendo tu belleza rara
te entristezes? ¿qué te aflige?
¿qué tienes? ¿en qué reparas?
háblame, Lisena

Lisena.

El Cielo,
Rugero invicto, te haga
como de Nápoles Rey,
único, señor de Italia.
Tus mercedes me enriquecen,
tus favores me regalan,
tus beneficios me animan,
tus maravillas me ensalzan.
Solo no puede la lengua,
que turbada y muda calla,
referirte el sentimiento
que tengo.

Rey.

Prosigue, habla,
á tus plantas está un Rey,
que dichoso se llamara,
Lisena, si fuera digno
de verse puesto á tus plantas.
Si riquezas y mercedes
aquese disgusto causan,
pide, Lisena, diamantes,

oro, aljofar, perlas, plata;
que por tu gusto haré hoy
que siembren todas mis salas;
para que tú con tu mano
puedas, mi Lisena, alzallas.
Si es que amor te dá cuidado,
como el efecto señala,
aquí esta un Rey que te ofrece
un Reino, una vida, un alma;
y si otro amor te entretiene,
y aquese enojo te causa,
declárame tu intencion,
si yo puedo remediarla:
¿quiéres bien, Lisena?

Lisena.

Quiero,
quiero bien, y no me pagan;
tales son nuestros juicios,
tales las cosas humanas,
que quieren lo que no quieren;
porque entiendan los que aman
que los amores descienden
de aquellas primeras causas,
que cuando nacemos, guia
la libertad de las almas.
Y asi os suplico, señor,
que perdoneis mi ignorancia,
si no pago vuestro amor
por tener el alma esclava
de otro gusto que me oprime,
de otra vida que me cansa,
que pues sois tan gran señor,
y en vos el discurso hallan
á su tiempo las razones
que en las naturales causas

se comunican á veces
desde la lengua á las almas,
bien vereis que es Rey amor,
y que en su reyno se igualan
las coronas y los cetros
con los sayales y abarcas.
A mi me pesa, señor,
no poder ser vuestra esclava,
y pagar vuestra firmeza,
(aunque tan pocas le hallan)
estimad un desengaño,
tan acosta de mi alma,
que el desengaño, señor,
casi al mismo amor se iguala.

Rey.

En mucho estimo, Lisena,
el desengaño que alabas,
¿mas qué haré si amor me tiene
loco el gusto, ciega el alma?
Trocára, viven los Cielos,
la corona de oro, y plata,
y el cetro que vió en mis manos
lo mejor de toda Italia,
por el estado felice
que tiene el dueño del alma
que adoro, muero de celos,
si celos sin amor matan.
Ya que mi desdicha es cierta,
no me dirás...

Lisena.

Ya pensaba
en lo que pedirme quieres.

Rey.

Dime quien es el que alcanza
tanta dicha, y te desprecia,

Lisena.

Lo que hd dicho, señor, basta,
porque no diré quien es.

Rey.

Mira que mi amor agravias.

Lisena.

Lo causa de mi tristeza
me preguntaste, esa acaba
(aunque con vergüenza noble)
de referirte mi alma,
perdona, que me voy
atrevida, y desdicada,
adonde peguen mis ojos
tan descompuestas palabras. *Vase.*

Rey.

Loca estoy, viven los Cielos:
¿quien del amor tal pensara?
que el valor de un Rey le rinda
á amor notable desgracia,
¿mas es posible que hay hombre;
que ciencia, y discurso alcanza,
y no estime á esta muger?
no puede ser, ó me engaña.
Aqui viene el Conde, ¡ah Cielos!
¿si es el Conde quien alcanza
ser de Lisena adorado?
¡ay confusion mas estraña!

ESCENA IX.

El Rey, y salen el Conde, y Tomin.

Tomin.

¿Y viste ya á Celia?

Conde.

Si,

que no pude sosegar
hasta que la volví á hablar.

Tomin.

Mira que está el Rey aquí.

Conde.

Dadme, gran señor, las manos.

Rey.

Levanta, Conde, del suelo:
¡si es el Conde acaso, Cielos! *aparte.*
que pensamientos livianos
para el pecho del valor
de un Rey: Conde.

Conde.

Señor.

Rey.

¿Di, cómo te tardas asi
en verme ya?

Conde.

Gran señor.

Rey.

¿De dónde agora venias?

Conde.

De escribir ciertos papeles.

Rey.

Serán de amor, como sueles.

Conde.

No son, pretensiones mias.

Rey

¿Por mi vida, quieres bien?

Conde.

Por el juramento, quiero
decirte, señor, que quiero.

Rey.

¿Y págante?

Conde.

Sí tambien.

Rey.

Venturoso en amor eres.

Conde.

Quien te sirve á tí asegura
su buena suerte, y ventura.

Rey.

¿En efecto, Conde, quieres?
¿y no me dirás quién es
la que tu pecho desea,
pues tambien en tí se emplea?

Conde.

Yo te lo diré despues:
cuanto, y mas que tu señor,
no la conoces que es tal,
que con ser mi desigual,
me abraso vivo en su amor.

Rey.

¿No es tu igual?

Conde.

En la nobleza
á muchas hace ventaja,
aunque esta á veces se baja,
porque suba la belleza.

Rey.

¿Qué es tan bella?

Conde.

El mismo Sol
pienso que se enamoró
de ella, y los rayos le dió,
porque es del Sol su arrebol.

Rey.

Muy enamorado estás.

Conde.

Mas merece su hermosura;

Rey.

¿Qué es tan hermosa?

Conde.

Procura
el Sol, que mirando estás,
con reflejos cristalinos:
cuando sale adonde está,
avivar la luz que dá,
por ver sus ojos divinos.

Rey.

Huélgome, Conde, que estés
tan á tu gusto empleado.
Ay amor, que de un criado *ap.*
te acuerdas, y que le dés
de tu gloria tanta parte;
y que un Rey viva penando.
Conde, yo estuve esperando
que vinieses, por hablarte,
entra en mi retrete luego,
que un papel me has de escribir.

Conde.

Voyte, señor, á servir. *Vase.*

Rey.

Y yo á abrasarme en mi fuego.

ESCENA X.

El Rey llama á Tomin.

Rey.

¿Servis al Conde escudero?

Tomin.

En su casa me he criado,
de una dueña fuí engendrado,

y de un perezoso portero.
Sangre finalmente encierro
de por si, dueño hidalgo,
que soy como perrigalgo,
compuesto de galgo. y perro.

Rey.

¿Sois hombre de humor?

Tomin.

Señor, bien me puedo pasar.

Rey.

¿No sois hombre de pesar?

Tomin.

Y menos fuera mejor.

Rey.

¿De qué le servis al Conde?

Tomin

De page y de camarero,
y á veces de despensero
Sírvole al fin, voy adonde
él vá á caballo ó á pie,
y en efecto soy, señor,
hombre que tiene valor;
perdóname si pequé

Rey.

No tienes de que temer.

Tomin

Yo soy de su mano honrado.

Rey

¿Mereceislo por criado,
ó porque le haceis placer?

Tomin.

¿Qué es placer?

Rey.

Tomin.

Eso no está prohibido:
por placer habia entendido
lo que es alcahüetizar.
Es verdad que se derivan
de una suerte y con razon,
porque alcahüete y bufon,
lindamente se adjetivan.

Rey.

Y en fin, de qué le servis?

Tomin

De entrambas cosas por Dios.

Rey.

¿Sirve otro al Conde con vos?

Tomin.

Otro le sirve.

Rey.

Y decid,
¿es cierto que el Conde adora
una muger, y él ha sido
el que siempre ha resistido
su amor?

Tomin.

Un criado ignora
esos secretos, señor:
cuanto y mas, que yo no sé
lo que dices, ni podré
saber quien le tiene amor:
mas de cierta socarrona,
que le tiene divertido
en su amor entretenido,
que ningun dia perdona
á su lengua el oler mal,
porque pide de manera,
que imagino que pidiera

el diluvio universal,
y era para Rey notable.

Rey.

¿Cómo?

Tomin.

Oye á todos.

Rey.

Bien dicho.

Tomin.

Y fuera del sobredicho,
hay otra sombra palpable.

Rey.

Por la cuenta quiere bien
á otro.

Tomin.

Y aun á otros dos;
y yo imagino por Dios,
que su fúria y su desden,
que ha de perder el juicio
mi amo, si á despreciar
llegase.

Rey.

Hay mas de dar.

Tomin.

Faltanos el artificio.

Rey.

¿Qué es artificio?

Tomin.

El dinero,
que ya tú sabes, señor,
que aunque le sobra valor,
es un pobre caballero
el Conde, tú solo puedes
esta falta remediar.

Rey.

¿Cómo?

Tomin.

Darle para dar.

Rey.

¿Qué?

Tomin.

Dineros y mercedes
dale, señor, y tendrás
con dar al Conde la gloria
de dar, y el Conde victoria;
que con darle alcanzarás,
y dándome el ande á mí
de lo que le das á él,
podremos juntos yo y él
darte alabanzas á ti.

Rey

¿Pues tengo yo de pagar
lo que el Conde ha de comer?

Tomin.

Tu grandeza no ha de ser
para dar y remediar
interesada.

Rey.

Yo quiero
darle, por ver tus cuidados.

Tomin.

¿Cuánto?

Rey.

Cuatro mil ducados.

Tomin

Besarte los pies espero:
y plegue al Cielo, señor,
que todo el mundo poseas,
y que cuanto en él deseas

se conceda á tu valor.

Rey

Y tú no dejes de verme
cada dia.

Tomin.

Asi lo haré,
mas mire vuesa merced,
digo Alteza, que ha de hacerme...

Rey.

¿Qué quieres?

Tomin.

Cuando visite
otra vez á vuestra Alteza
se lo diré.

Rey.

Tu agudeza
mayores cosas permite;
vamos.

Tomin.

Por mí mereció
lo que hoy el Rey le ha de dar,
porque quien no sabe hablar,
nunca en Palacio medró.

ESCENA XI.

Habitacon de Celia.

Celia y Feniso.

Celia.

Estraño, Feniso, estás

Feniso

De tus palabras me ofendo.

Celia.

¿Eres mi esposo por dicha?
¿para qué me pides celos?

Feniso.

Yo no soy tu esposo, Celia;
pero si serlo pretendo,
¿porqué te ofendes asi?

Celia

Estame Feniso atento,
y direte una licion
que agora nueva tenemos,
para amantes porfiados
y para cansados nécios.

Feniso.

Di, Celia.

Celia.

Primeramente,
el galan que quiere serlo,
no ha de querer de nosotras
mas de aquello que le demos.
Si acaso estamos en misa,
no ha de entrar en ella á vernos,
y si entrare, muy de paso,
y sin pararse, suspenso
al sacar agua bendita,
ni al dar á la cruz el beso.
Si nos encuentran hablando
con hombre, sea mozo ó viejo,
no ha de alborotar la caza,
que es disparate de necios.
Si alguno nos visitare,
no ha de preguntar riñendo
á la criada, quién es,
ni qué busca al escudero.
Si á las ventanas estamos,
no ha de parar un momento,
y si para, ha de parar
hasta que pase el platero.

Esta son las condiciones,
y cierranse con el sello
de pagar veinte doblones
cada vez que pida celos.

Feniso.

Notifícale á Calixto
aquesas leyes que has hecho.

Celia.

Pues dígole yo mi Rey,
que me quiera?

Feniso.

El juicio pierdo;
no sé, Celia, quién pretende
tu amor.

Celia.

No todos son necios.

Sale Ines.

Aquí está Roberto.

Celia.

¿Quién?

Ines.

¿No le conoces? Roberto.

Celia.

Vete, Feniso, en buen hora,
vete presto.

Feniso.

Lindo cuento,
juego de esgrima parece:
ahora bien la espada suelto,
pues Roberto entró á tomarla,
á Dios.

Celia.

A Dios.

Ines.

Lindo necio.

ESCENA XII.

Celia, Ines, y entrn Roberto.

Roberto.

Sospecho que eres medrosa.

Celia.

¿Porqué?

Roberto

Porque no te veo
sola jamas.

Celia.

No te espantes,
que soy tercero de necios:
bien haya Persia

Roberto.

¿Qué dices?

Celia.

Que en Persia, amigo Roberto,
nadie no visita á nadie
sin enviarle primero
algun presente á su casa
de regalos ó dineros.

Roberto.

Todo tu fin es pedir.

Celia.

Y todo tu fin, Roberto,
es no dar, aunque te pidan,
y el dar imita á los Cielos:
dador de la vida es Dios,
da la hacienda, da el sustento,
da las flores, da las aguas,
da el verano, da el invierno;
pues que, Roberto, si bajo
la prima del instrumento.

El Rey da, los grandes dan
las riquezas, los dineros,
los títulos, las noblezas,
los hábitos en los pechos,
da firmas, estados, rentas,
ciudades, villas....

Roberto.

¿Qué es esto?
Tente, Celia, bueno está,
y pues el dar es tan bueno,
quiero darte gusto en irme,
que esto solo darte puedo,
pues bien sabes que es el gusto
de mas valor que el dinero,
y que no hay cosa en el mundo
que se compare con ello. *Vase.*

Celia.

Vete con Dios.

Ines.

Aquí está
el Conde y Tomin.

Celia.

¿Qué es esto?

Ines.

Las visitas vienen juntas.

Celia.

Di que esperen los dos.

Ines.

Temo
que el Conde se enojará.

Celia.

¿Hase levantado el viejo?

Ines.

No señora.

Celia.
Pues di que entre.

ESCENA XIII

Celia, Ines, y salen el Conde y Tomin.

Conde.
Señora del pensamiento.
Celia.
Conde mio.
Tomin.
Ines
Ines.
¿Qué dices?
Tomin.
Vive Dios que es mal agüero,
¿mio no dicen los gatos?
Ines.
Asi es verdad.
Tomin.
Pues yo temo,
que pues Celia dice mio,
que sigue el uso gatesco,
mas que ha de haber rapandoña.
Ines.
Pues á un pobre caballero,
que apenas su hacienda basta
para su ornato y sustento,
¿qué puede Celia quitarle?
Tomin.
Hoy el Rey merced le ha hecho,
porque yo se lo rogué.
Ines.
¿Qué le ha dado?

Tomin.

Bueno es eso;
cuatro mil ducados.

Ines.

Bravo,
voy, que me llaman adentro. *Vase.*

Celia.

Señor Conde, aunque es verdad
que le adoro, estimo y quiero,
hame mandado mi padre,
(y pienso que es buen consejo)
que no entre Vueseñoría
en su casa, porque es cierto
que pierde mi honor el ser
murmurado de mil necios,
que á liviandades aprecian
favores que son honestos;
y yo tambien os lo pido.

Conde

Pues Celia, si yo pretendo
solamente el adorarte,
solamente el ser espejo
adonde tu honor se apure
en un amor dulce y tierno,
¿por qué quieres dividírme
de tus brazos, de tu pecho,
á quien justamente adoro,
y á quien humilde obedezco?
Yo tambien pretendo ser
tu esposo, y pues lo pretendo,
no pierdes honor ninguno,
aunque no viniese á serlo.

Celia

Esto mi padre ha mandado,
y yo á mi padre obedezco,

no tienes que persuadirme.

Sale Ines.

Señora.

Celia.

¿Qué quieres?

Ines.

Quiero
que sepas que el Conde tiene
cuatro mil escudos.

Celia.

Bueno,
¿quién te lo ha dicho?

Ines.

Tomin;
que por eso me fuí adentro,
fingiendo que me llamaban.

Celia.

Cuerdamente, Ines, has hecho.

Ines.

Haz como que me respondes.

Celia.

Dile á mi padre que tengo
que hacer, Ines.

Ines.

Yo me voy.

Tomin.

Vuelve luego, Ines.

Ines.

Ya vuelvo. (1)

Celia.

Señor Conde de mis ojos,
á quererle me resuelvo,
no tenga pena ninguna

(1) *Vase y vuelve luego.*

de lo que mi padre ha hecho,
que el parentesco del gusto
es el mayor parenteseo.

Conde.

Mil veces beso esos pies,
en quien justamente vieron
del Sol los dorados rayos,
y de su luz los reflejos.

Celia.

Solo á tí, señor, te adoro,
tu amor solamente quiero.

Conde.

Y yo quiero, Celia hermosa,
en vez de dulces requiebros
satisfacerte con obras,
que son requiebros mas tiernos.
Hoy verás, Celia, en tu casa
colgaduras, terciopelos,
damascos, sedas, brocados,
carrozas, sillas, cocheros.

Tomin.

Echar, echar, voto á Dios
que eres el hombre mas nécio
que he visto en toda mi vida.

Ines.

Calla Tomin.

Tomin.

¡O! reniego
de locuras semejantes.

Celia.

Mil veces vuestros pies beso,
mandad á esta esclava vuestra,
que desde hoy estará abierto,
para que entreis vos en él,
desde el corazon al pecho.

Y porque mi padre quiere
levantarse, voy adentro,
si dais licencia.

Conde.

Merezca,
Celia divina, por premio
gozar tus brazos dichosos.

Celia.

Los brazos y el alma. *Vase.*

Conde.

¡Ay Cielos!
á tus marabillas altas
esta merced agradezco,
y este amor celebrare
en dulces y alegres versos.
¡Ay, Tomin!

Tomin.

¡Ay, señor mio!
como eres gran majadero.

Conde.

Ves si me quiere.

Tomin.

Y lo digo:
milagros son del dinero:
que no hay favor en el mundo
que no se alcance con ellos.

ACTO SEGUNDO.

ESCENA PRIMERA.

Decoracion de Sala en Palacio.

El Rey y Fabio.

Fabio.

Notable ejemplo de amor.

Rey.

¿Es posible que no sabes,
teniendo, Fabio, las llaves
de Lucindo tu señor,
si es á quien quiere Lisena?

Fabio.

No te podré asegurar
de que les he visto hablar,
mas puede ser que su pena
Lisena la calle y sienta,
sin darla á entender al Conde.

Rey.

¿Puede ser, Fabio, responde,
que el mismo amor no se afrenta
de ver así despreciada
la mas perfecta belleza
que formó naturaleza?

Fabio.

La voluntad empleada
del Conde en otro lugar,
pudiera ser que no diera
aunque su belleza viera,

lugar á poderla amar.

Rey.

¿Cómo sabré si es el Conde
de mi Lisena querido?

Fabio.

La industria, señor, ha sido
mil veces la que responde
á esas preguntas de amor.

Rey.

¿De qué suerte?

Fabio.

Vuestra Alteza
se retire en esa pieza,
podrá escucharlo mejor,
porque aquí viene Lisena.

Rey.

¿Qué le has de decir?

Fabio.

Veré
si adora al Conde.

Rey.

Seré
un testigo de mi pena. (1)

Fabio.

En esto no pierde honor
el Conde, ni yo desdigo
de quien soy, pues soy su amigo;
y no he de serle traidor.
Sirvo á mi Rey, y he de ser
leal al Conde, y á él:
para el Conde ya soy fiel,
pues no la llegó á querer;
y para el Rey pues aquí

(1) *Escóndese el Rey.*

sigo su gusto no mas.

ESCENA II.

Fabio, y sale Lisena.

Lisena.

¿O Fabio amigo, aqui estás?
El amor me trujo aquí,
por preguntarte si has visto
al Conde.

Fabio.

Y á Dios pluguiera
que nunca yo al Conde viera:
en vano el llanto resisto.

Lisena.

¿Qué dices?

Fabio.

Que mi señor,
del Rey mismo en la presencia,
corriendo (¡ah dura inclemencia!)
en un caballo traidor,
á su dueño, apenas puso
á los hijares la espuela,
cuando de la silla vuela
al suelo, quedé confuso,
pensando que el golpe fuera
el que síntiera no mas,
y quedó tal, que jamás
no acabará la carrera.
Murió el Conde,

Lisena.

¿El Conde es muerto?

Fabio.

Pluguiera al Cielo que yo
el muerto fuera, y él no.

Lisena.

¿Es cierto?

Fabio.

Señora, es cierto.

Lisena.

Calla, Fabio, cierra, cierra
boca, que me dió la muerte.
¡Ay desventura mas fuerte!
Abra mil bocas la tierra,
traguéme su centro obscuro,
pues que ya el Conde murió.
Ay Fabio mio, que no
es muerto!

Fabio.

A los Cielos juro,
señora, que esto es verdad,
pluguiera á Dios no lo fuera,

Lisena.

Pues si murió el Conde, muera
vida, honor, y libertad.
Muera el movimiento mismo,
muera mi amor, y al morír
diga, que pensó salir,
y le echaron al abismo.
Ay Conde, pluguiera al Cielo
que contigo me lleváras,
y allá mi amor estimáras,
pues no quisiste en el suelo.
Mas aunque con tanto olvido
me pagó tu noble trato,
quisierate vivo ingrato,
y no muerto agradecido.
Mas pues remediar no puedo
el golpe de tu fortuna,
y desde la tierna cuna

tantas desdichas heredo;
un monasterio será
custodia fiel de mi vida.
aunque el mismo Rey lo impida;
si no lo ha impedido ya,
Allí de tantos intentos
haré alarde entretenido,
y por lo que le han querido,
llorarán los pensamientos.
¡Cielos, que el Conde murió!
apenas me creo á mí:
la boca dice que sí,
y el alma dice que no. *Vase.*

Fabio.

¿Haslo escuchado?

Sale el Rey.

Ya, Fabio,
mi mal ví, mi mal ay oí;
mas pues el testigo soy,
yo remsdiaré mi agravio.

Fabio.

¿Cómo?

Rey.

Mandándole al Conde
que se esconda por seis dias,
para que las penas mias
hallen un alivio, adonde
tomen puerto del dolor
que ha tantos años que paso:
vive el Cielo que me abrasó,
al paso que crece amor.

Fabio.

Digo, señor, que es buen medio
para aplicar en Lisena
el amor.

Rey.

Crece mi pena
mientras le falta el remedio:
vé, y buscame al Conde luego.

Fabio.

Voy volando. *Vase.*

Rey.

¡Ay tal rigor!
que tenga á Lucinda amor,
y que no baste mi ruego:
¡cosa estraña! mas no en vano
pintan al amor vendado,
pues dá la gloria á un criado,
á quien me rindo, y me allano.
Si desta suerte no puedo
esta muralla bafír,
el mejor medio es morir
entre desprecios, y miedo.

ESCENA III.

El Rey, y sale el Conde, y Tomin.

Rey.

Conde.

Conde.

Señor.

Rey.

¿Hate llamado Fabio?

Conde.

No señor.

Rey.

Pues yo envié á buscarte.

Conde.

Estima tanto el alma el agradarte,
que ella mueve mis pasos y me guia

adonde tú, señor, puedas mandarme.

Rey.

A mi me importa en grande estremo,
por cierta pretension, que por seis dias
te escondas en tu casa; de m anera
que ninguno te vea en todo Nápoles:
mira, Conde, que importa á mi Corona.

Conde.

Y si gustas, señor, de toda Italia
me ausentaré, si tú recibes gusto.

Rey.

Esto, Lucindo, aunque imagines
que es con disgusto mio, cuando importe,
yo te diré la causa que me mueve.

Conde.

Basta, señor, que por tu gusto sea,
para que te obedezca, y de tal suerte,
que cuando importe me daré la muerte
por tu gusto, señor.

Rey.

Que pongas quiero
luego en egecucion lo que te he dicho,
y con Fabio podrás, Conde, avisarme,
sin que ninguno pueda imaginallo;
y advierte, Conde, que ha de ser de suerte
el guardar el secreto que te encargo,
que has de pensar, Lucindo, que te has muerto.

Conde.

Digo, señor, que estoy del todo cierto,
y que voy á servirte.

ESCENA IV.

El Rey y Tomin.

Tomin.

¿Y yo que tengo
de ser de aquesta muerte?

Rey.

Quien la llore.

Tomin.

Pues si se ha de llorar, ya yo comienzo.

Rey.

Ven acá, Tomin, ¿porqué no me ves?

Tomin.

Señor, no tengo
dicha.

Rey.

Dicha no te falta.

Tomin.

Pues faltame atrevimiento.

Rey.

¿Qué nuevas hay por el mundo?

Tomin.

Despues que mi amo es muerto
porque tú se lo has mandado,
estas oigo y estas veo,
al dar al muerto, al no dar,
y al mandar fue su heredero,
y ya mandan y no dan,
¡cosa injusta, caso feo!
Hay muchas mugeres.

Rey.

¿Muchas?

Tomin.

Tantas, que te prometo

que si estimarse supieran
los hombres de aqueste tiempo,
que anduvieran á rogarles,
y que les dieran dineros;
pero las mugeres ya
son como médicos.

Rey.

Creo
que desvarias, Tomin.

Tomin.

¿A los médicos no es cierto,
que con haber muerto á tantos,
nunca castigar los vemos?
pues asi son las mugeres.

Rey.

¿Cómo?

Tomin.

Que cuanto tenemos
nos lo quitan cada dia;
y como ven que por ello
no son nunca castigadas,
¿que han de hacer? lo hecho hecho.
Hay mas alguaciles que hombres.

Rey.

Será mejor el gobierno.

Tomin.

¿Adónde han de gobernar,
si no gobiernan entre ellos?
¿Pero tú, señor, no sabes
como la muerte se ha hecho
Poeta?

Rey.

¿Poeta cómo?

Tomin.

Y no de pensados versos,

que hace coplas de repente.

Rey.

Serán del sugeto escesos:
¿qué hay mas, Tomin?

Tomin.

Que en Palacio
se juntan ciertos mancebos
en corrillos cada dia
diciendo mal de sí mesmos.

Rey.

¿De sí mismos?

Tomin.

Esto digo.

Rey.

¿Cómo?

Tomin.

Si mal dicen dellos,
bien podrás pensar, señor,
qué será de los agenos.

Rey.

¿Pues porqué no los castigan?

Tomin.

Porque los llaman á estos
las escobas del lugar,
que barre el diablo con ellos,
y los deja de gastados,
por no ensuciarse los dedos.

Rey.

¿Y hay mas?

Tomin.

Que al Conde, mi amo,
se le acabó el dinero,
y le desprecia su dama.

Rey.

¿Qué le desprecia?

Tomin.

Y yo pienso,
que no ha de esconderse bien
conforme á tu pensamiento,
si su dama le desprecia
porque es lisiado de celos.

Rey.

¿Tan amiga es esa dama
de dineros?

Tomin.

El dinero
es en aqueste edificio
el primero fundamento,
porque como el oficial
no trabaja si el maestro
no le acude con el plus,
teniendo los cinco abiertos.
Como no suena el relox
sin que le unten primero,
no hay sin tablilla meson,
ni fraile sin compañero,
asi no puede el amor
durar firme sin dinero,
porque es amor, y no dar,
comer en casa de deudos.

Rey

Ahora por amor de tí.

Tomin.

¿Qué, gran señor?

Rey.

Darle quiero
otros cuatro mil ducados.

Tomin.

Mil años te guarde el Cielo,
que al fin mi señor el Conde,

aunque es noble caballero,
es un Título en Italia,
donde si hay cien herederos,
todos son el conde Juan,
conde Alonso, conde Pedro,
conde que sé yo; permite
darle un Título de aquellos,
que no son Condes de anillo.

Rey

Entra, Tomin, que yo quiero
que lleves los cuatro mil
al Conde tu amo.

Tomin

El Cielo,
mas que á un rollo de un lugar
te guarde, y de tí mi cuello.

ESCENA V.

Decoracion de Sala.

Ines, Celia, y Lisardo su padre.

Lisardo.

Pienso, Celia, que estimas mi disgusto
mas que mi gusto.

Celia.

¿Pues de qué te alteras?

Lisardo.

¿No sabes que no gusto de que el Conde
me pase desta puerta?

Celia.

¡Caso estraño!
Si el Conde me pretende para esposa,
¿he de perder, señor, la buena suerte
que me ofrece mi estrella?

Lisardo.

¿Pues Roberto
y Feniso á qué efecto te visitan?

Celia.

Tambien mi casamiento solicitan.

Lisardo.

Acaba de escoger el que te agrade;
mira, Celia, que pierdes.

Celia.

¿Yo, qué pierdo?

Lisardo.

Reputacion alguna en ver que nunca
estás desocupada de visitas.

Celia.

Padre y señor, el que es platero tiene
la puerta abierta, el mercader no cierra,
si procura vender, los aposentos
llenos de telas ricas y damascos,
porque fuera guardallos no vendellos.
La muger que casarse determina,
ha de dejarse ver, porque si alguno
se casare con ella, no descubra
despues de estar casado alguna falta,
que no pudo ver antes por no vella.

Lisardo.

Sí, mas hacerlo moderadamente,
sin dar lugar á que el honor peligre
entre murmuraciones, y á Dios queda,
y en viniendo di á Estacio y á Fabricio,
que vayan á Palacio.

ESCENA VI.

Celia, Ines y luego Feniso.

Celia.

Cosa fuerte

es el rigor de un padre.

Ines.

Agora llega

Feniso.

Celia.

Di á Feniso que se vaya,
que está mi padre aqui.

Ines.

Pues si le veo
al tal Feniso, una cadena hermosa:

Celia.

Tocarla en mi, pues soy tan rigurosa
Di que entre.

Ines.

A la puerta está.

Entra, Feniso.

Sale Feniso.

A gozar
del Cielo que puede dar
luz á quien sin ella va.

Celia.

Que ya sois esclavo arguyo;

Feniso.

Esta esclavitud alabo.

Celia.

La cadena os hizo esclavo

Feniso.

Esclavo soy, ¿pero cuyo?

Celia.

Eso mejor lo sabeis.

Feniso.

En vos vivo, y por vos muëro,
y ser vuestro esclavo espero,
como vos de ello gusteis;
y tanto amor me cegó,

que el ser vuestro esclavo muestro,
como digais que soy vuestro.

Celia.

Eso no lo diré yo.
Por mi vida que es curiosa
la cadena.

Feniso.

En vuestro cuello
el oro será mas bello,
y su hechura mas vistosa.

Celia.

Dadmela.

Feniso.

Pondrela yo
en vuestro cuello, que en ello
hago como esclavo, aquello
que cuyo soy me mandó.

Celia.

Agradecida te estimo,
y en tu nombre la traeré.

Feniso.

Cuando tú animas mi fé,
con corazon el alma animo.

Ines.

Bien está en el cuello tuyo.

Feniso.

La cadena, Ines, la dí,
porque no haya cosa en mí,
que no diga que no es suyo.

Celia.

Agora, señor Feniso,
pues me haceis tanta merced,
que la agradezco creed,
y os quiero dar un aviso.

Feniso.

¿Cómo?

Celia.

Mi padre celoso
de mi honor, me ha dicho agora
que mi nobleza desdora,
y á su estado generoso,
que vos y Roberto entreis
delante de tanta gente
á hablarme públicamente:
y que pues que pretendeis
mi casamiento, advirtais,
que si acaso me casare,
el honor que me faltare,
vosotros me le quitais.
Y asi agora me ha pedido,
que ninguno de los dos
entre en mi casa.

Feniso.

Por Dios,
Celia, que ya te he entendido,
y aqui advertid, y mirad,
que mi visita fue buena,
pues que vine con cadena,
y me voy con libertad.
Y así agradecido voy
á la merced que me haceis,
vos el oro me debeis,
y yo os debo lo que soy.
No hallais miedo que jamas
vuelva á veros advertido
de que pues ya libre he sido,
no quiero ser preso mas.

Celia.

Para no volver á verme,

llevar podeis la cadena,
que no quiero andar con pena,
cuando vuestro amor se duerme.

Feniso

Vas la cadena teneis,
y pues teneis la cadena,
ella es la que anda en la pena,
que vos en gloria andareis
Pero podráse alabar,
que es cadena de unas manos,
que el aljofar hecho granos
puede tener que envidiar.

Celia.

Mirad, Feniso, que puede
venir mi padre.

Feniso.

Ahora bien,
pues muestras tanto desden,
que á la mayor fúria escede,
yo me voy, Celia, y advierte
que en mi vida te he de ver. *Vase.*

Ines.

Si otra tiene de traer,
mejor le estará el no verte.

ESCENA VII.

Celia, Ines, y sale Roberto.

Roberto.

Desdichado soy.

Celia.

¿Porqué?

Roberto

Siempre encuentro entrando adentro
otro que salga al encuentro.

Celia.

De aquí Feniso se fué,
lleno de amor, y de celos
porque dije que mi esposo
era Roberto.

Roberto.

El dichoso
seré, si quieren los Cielos
ayudar mi pretension.
Estos doscientos escudos
que están suspensos, y mudos,
y faltos de adulacion,
te traigo para un vestido,
y perdona, que quisiera
ser un Midas, que pudiera
todo en joyas convertido
adornar tus luces bellas,
que dan luz al corazon,
ó ser otro Efestion,
para vestirte de estrellas.

Celia.

Guardete el Cielo mil años.

Roberto.

Para ser tuyo me guarda.

Ines.

Quien le pusiera una albarda.

Roberto

Gracias á Dios que de engaños
puedo ya vivir seguro.

Celia.

Tu solo mi esposo eres.

Roberto

Por corona de mugeres
te celebre el mundo.

Ines.

Juro
por mi vida, que no he visto
dos mentecatos mayores.

Celia.

Ya de tantas pretensiones
de aqui adelante desisto.
que pierde mi casa honor,
y la perderá mi esposo.

Roberto.

Pues yo he sido el venturoso,
no espero otro bien mayor.

ESCENA VIII.

Dichos, y sœien el Conde, y Tomin.

Ines.

El Conde.

Conde.

Señora mia.

Celia

Hable quien mi esposo es.

Roberto

Yo vendré á verte despues,
que será descortesia
que su Señoria espere.

Tomin.

Este es tu mayor contrario.

Roberto.

Yo vuelvo con el notario. *Vase.*

Conde.

Matarme de celos quiere
Celia.

Celia.

Conde, y señor mio,
aunque el mio se acabó,

ya mi padre me casó,
ya de tu amor desconfio.

Conde.

¿Casada estás, Celia?

Celia.

Si,
porque mi padre tirano,
me ha hecho que dé la mano
á este Roberto.

Conde.

¡Ay de mí!
¿y no se puede estorbar?

Celia.

El caso, Conde, es dudoso;
pero siendo tú mi esposo,
bien se puede remediar:
¿quiéres tu serlo?

Conde.

Quisiera,
pero no hay lugar ahora,
porque me manda, señora,
(nunca al Rey obedeciera)
que me esconda por seis dias,
sin que ninguno me vea,
porque pienso que desea
salir de ciertas porfias:
y asi yo, Celia divina,
mientras escondido esté,
de ningun modo podré.

Celia.

¿Y el Rey, á que fin camina
con mandarte á tí esconder?

Conde.

No sé, Celia, por mi vida,
ese casamiento olvida,

pues puedes, y eres muger;
que para que veas mejor
que amor me ciega y abrasa,
quiero esconderme en tu casa
mientras al Rey, mi señor,
le importa la ausencia mia.

Celia.

Eso es imposible, Conde:
¿en mi casa?

Conde.

¿Pues adónde
podré mejor, Celia mia?

Celia.

En casa de algun amigo.

Conde.

¿Y si no puedo salir,
como he de poder vivir,
si no salgo á hablar contigo?

Celia.

¿Y mi padre, qué dirá?

Conde.

¿Pues halo de ver tu padre?

Celia.

No hay medio, Conde, que cuadre;
pues dello resultará
á mi casa deshonor.

Conde.

Si yo me caso contigo,
callará el mas enemigo
de tu nobleza y valor,
Tomin.

Tomin.

Señor.

Conde.

Dale luego

á Celia dos mil ducados.

Tomin

Aquí los traigo contados.

Ines.

Muestra Tomin.

Tomin

Ah, mal fuego
queme al alma del traidor
que al Rey otra vez le pida
otra merced.

Celia.

Ines, mira
adonde estará mejor.

Ines

El aposento de abajo
pienso está mas encubierto.

Tomin.

En hallando el tuyo abierto,
luego al momento me encajo.

Celia.

Pero has de jurar primero
(porque en esto no haya engaño)
de no intentar en mi daño,
como falso caballero,
pensamiento desigual
al ser quien soy y quien eres.

Conde.

Juraré cuanto quisieres,
ya sabes que soy leal.

Celia

Con todo quiero que hagas,
para que mi duda ataje.

Conde.

¿Qué, Celia?

Celia.

Pleito homenage.

Conde.

Para que te satisfagas
de mi noble proceder,
hacer quiero el juramento.

Celia.

Mete las manos.

Tomin.

¿Qué intento
falso no cabe en una muger?

Conde.

Por aquesas manos bellas
que del mundo son esferas,
donde se ven diez bileras
de relucientes estrellas:
por el zafir y coral
que en su círculo le muestra,
siendo la llave maestra
del ingenio natural:
por ese rostro divino,
que hasta los cielos se encumbra,
de quien sale luz que alumbra
al círculo cristalino:
por esa boca, á quien fia
tantas perlas el oriente,
destilando una corriente
de odorífera hermosura.
Por esos ricos cabellos,
á quien tú misma requiebras,
que del sol parecen hebras,
por ser cabellos tan bellos:
por el alma que en tí vive,
que es el cuerpo de la mia,
de quien mi alegre porfia

dulce esperanza recibe,
de no mover en tu agravio
el pensamiento veloz,
para afrentarte la voz,
ni para enojarte el labio.

Celia.

Pues con ese juramento
puedes entrarte á esconder.

Conde.

¿Y no me tienes de ver?

Celia.

Sosiega tu pensamiento.

Conde.

Soy colérico leon,
y el pensamiento me abrasa
de estar del Sol en la casa
y no poder ver al Sol.

ESCENA IX.

Tomin é Ines.

Tomin.

¿Y yo tengo de jurar?

Ines

Haga aquí pleito homenage
de que á mi honor no hará ultrage.

Tomin.

¿Ultrage?

Ines.

¿No oye? ultrajar.

Tomin

Por estas dos manecillas
de ternera y sus cuajares,
y por esas dos cuchares
con que haces albondiguillas:

por esas dos longanizas
con que jabonas y labas;
por esas chuecas y tabas
que tal vez picarrizas:
por ese rostro atestado
de soliman y de afeite,
donde se mira el deleite,
si no vivo retratado:
por esa nariz sucinta,
porque ya es viejiaguileña,
aunque yo conozco dueña
que le cuelga hasta la cinta,
de non facer tuerto alguno
á la tu doncelleria,
maguer que esté todo el dia
de la tu merced ayuno,

Ines.

Vamos adentro.

Tomin.

¡Ay, Ines!

Ines.

¿Qué es aquesto?

Tomin.

A tí me aplico;
bostezo como borrico,
yo te lo diré despues.

ESCENA X.

Habitacon de Lisena.

Estacio y Lisena.

Estacio.

Viendo el Rey, mi señor, tu pena fiera,
y habiendo preguntado que es la causa,

y no habiendole dicho cosa alguna,
quiere premiar, señora, tu nobleza,
haciendote de Nápoles señora,
y esposa suya.

Lisena.

De su pecho heróico
recibo mil mercedes cada dia;
pero el dolor que el alma aflige es tanto,
que aumenta mas mi pena, y es de suerte
que me fuera partido ya la muerte.

Estacio

Esta carta te envia, piensa y mira
lo que está mejor: si al Conde amabas,
como dicen algunos, ¿ya qué esperas?
pues un caballo le mató furioso,
corriendo suelto y asombrando el coso.

Lisena.

Un papel hay aqui

Estacio.

De amor efecto
será por dicha, que en efecto es hombre:
mirale por tu vida; y pues el Cielo
de discrecion y gracia te ha dotado,
mas tierna le responde que otras veces.

Lisena lee:

Titulo de la señora Lisena, Princesa de Viciniano.

Yo el Rey de Nápoles Rugero, segundo de este nombre, digo que hago merced á la señora Lisena del Principado de Viciniano. Yo el Rey.

Representa.

Decidle al Rey, Estacio, que agradezco
la merced y favores que me hace;

pero que no se canse en persuadirme,
que si el Conde murió, no puedo agora
dejar de ser, Estacio, religiosa,
que se lo he prometido al Cielo santo.
Vuelvele al Rey el título, diciéndole
que yo me voy á un santo monasterio,
y que allí no se usan principados,
que son prestados, aunque son estados.

ESCENA XI.

Estacio, y sale el Rey y Fabio.

Estacio.

Ya, señor, lo habrás visto.

Rey.

Ya lo he visto,
y no sé como á tanto mal resisto.
¿Es posible que tenga amor tal fuerza,
que de un muerto el amor le obligue á tanto?
viven los Cielos, Fabio, que estoy loco:
¿qué medio podré dar?

Fabio.

El olvidarla.

Rey.

¿Olvidarla, si sabes que la adoro?

Fabio

Si no la obligas ni con fuerza ni oro,
no con hacerla igual á tu persona,
dandole la mitad de tu Corona,
¿qué quieres aguardar?

Rey.

Ay, Fabio, el alma
se me abrasa en amor;
muero de celos.

Fabio.

Busca otra dama, pues te sobran tantas.

Rey.

Tienes razon, amigo.

Fabio.

Mas hermosas
en Nápoles las hay.

Rey.

Ya sé quien puede
remediar este mal.

Fabio.

¿Quién es?

Rey.

Lisena;
porque si tengo agora, Fabio amigo,
de amar en otra parte sin mi gusto,
mas vale amor con gusto, y en Lisena
poner mi amor de nuevo, quien el Cielo
y la ausencia del Conde serán parte
para ablandar su pecho diamantino,
ó perderé el amor si se resiste

Estacio.

Con mal semblante tus papeles mira

Rey

Flechas de amor se vuelven rayos de ira.

ESCENA XII.

Decoracion de Sala de noche.

El Conde y Tomin.

Tomin.

¿Dónde sales, estás loco?

Conde.

Déjame, Tomin, que muero,

Si no he de gozar sus ojos,
mas vale morir y verlos.

Tomin.

Mira que duerme su padre.

Conde.

Si, pero velan mis celos,
y cuando celos no duermen,
no guardan á nadie el sueño:
¿cual es su aposento?

Tomin.

Aquel:
vive el Cielo que me muero
de frio.

Conde.

Llama, Tomin.

Tomin.

Da voces, y no llamemos.

Conde.

Abre, Celia celestial,
abre á este segundo Orfeo,
que ha hecho el alma Euridice
para tu amoroso infierno.
No soy el amante Páris,
que de Troya vengo huyendo:
no soy el Troyano huesped
que celebran tantos necios;
un hombre soy que á tus ojos
ciego, loco y muerto vengo.
Abre, divina señora,
abre Celia de los Cielos,
abre esa puerta divina,
descubre tus rayos bellos,
harás á la noche dia,
engañando al mismo tiempo.
Salgan de tu blanca nieve

los cristalinos reflejos,
y trueca en cristal los bultos
que agora miramos negros.
Oiga ya tu voz divina,
que al respirar del aliento,
el alma confortará
lo dulce de los deseos.
Hazte cuenta cuando salgas
que del azul pavimento
los sacros velos se rompen,
y sale Febo por ellos.
Abre á este huesped que tienes
tan cerca de tu aposento,
no le desconsueles, Cella,
pues no es de acero tu pecho.
Tantalo soy ya me toca
aqueste infelice ejemplo,
pues está á la boca el gusto,
Celia, y no puedo beberlo.
Abre, Celia, que vengo
muerto de amor, y de rabiosos celos;

Tomin.

Abre Ines, abre á Tomin,
abre, asi tengas abiertos
los cascos de una pedrada,
y de un asador el pecho.
Yo no soy pares, ni nones,
sus memorias aborrezco,
que hombres de grandes memorias,
son faltos de entendimiento.
Abre á este lacayo insigne,
por quien cantaron en versos,
la lealtad de los lacayos,
que agora en España vemos.
Abreme, no tengas pena,

pues que fice juramento
de que la tu doncellez
non recibirá algun tuerto:
abre Ines, que me duermo,
como he cenado, y no he tenido celos.

ESCENA XIII.

Dichos, y salen Celia, é Ines.

Celia.

¿Qué es esto, Conde, estás loco?
¿no sabes que un padre tengo
tan honrado como tú?
¿cómo á mi propio aposento
has llegado desta suerte?

Conde.

Mi Celia, porque estoy muerto
Perdoname por tus ojos,
que en estando ausente dellos
mil furias llegan al alma.
y mil volcanes al pecho.
¿Qué te pido que sea injusto?
¿acáso, Celia, pretendo
quitarte el honor ni ser
otro Tarquino soberbio?
quiero yo mas de mirarte,
y dar con tu vista aliento
al alma que te desea,
y al amor con que te quiero?

Celia.

Si tanto me quieres, Conde,
como dicen tus estremos,
no soy mala para esposa.

Conde.

Dices bien, mas al Rey temo

que se ha de enojar si salgo,
Celia, de aqueste aposento,
hasta que Fabio me avise,
que despues yo te prometo
ser tu esposo, Celia mia.

Celia.

¿Y agora qué quieres?

Conde.

Quiero
ver tu presencia divina,
gozar de tus ojos bellos
en tu aposento no mas.

Celia.

Bien por Dios, ¿en mi aposento?
bueno fuera que mañana,
como hacen otros mancebos,
te alabáras en la plaza,
de haber estado en secreto
en mi aposento conmigo.

Conde.

¿Pues piensas que soy de aquellos
que juegan con otras honras
á la pelota de viento?
Este vuelve y aquel saca,
descubriendo al mismo juego
las faltas que tienen otros,
sobrando tantas en ellos.
No, Celia, no me conoces,
yo soy fino caballero,
y mas que mi propio honor
respeto el honor ageno.

Celia.

¿Luego tú sabrás callar?

Conde.

Callaré, Celia, hasta el tiempo

360

que tú me mandes que hable.

Celia

Pues si yo te pruebo en esto,
seré tuya, mi Lucindo.

Conde.

¿Qué quieres?

Celia.

Que calles quiero,
hasta que te mande hablar
en público y en secreto,
sopena de que si hablas
palabra en aqueste tiempo,
has de perder mis favores.

Conde

Pues si de perderlos tengo,
de no hablar juro palabra
en público ni en secreto,
hasta que tú me lo mandes.

Celia

Si en eso, Conde, te pruebo,
mañana pienso ser tuya.
¿Prometes de veras eso?

ESCENA XIV.

Ines y Tomin.

Ines.

Calló y bajó la cabeza.

Tomin.

Hay locura, hay embeleco,
hay disparate mayor,
hay tan loco fingimiento:
vive Dios que está perdido,
lo que ellas jamás han hecho,
que es callar, mandan á un hombre.

Ines.

¿Y vosotros callais? fuego.

Tomin.

Por lo menos no hablan tanto
seis hombres en un invierno,
aunque sepan de memoria
las historias de los griegos,
como en un hora vosotras.

Ines

¿Vosotras? algunas necio:
¿y tú qué has de hacer por mí?

Tomin.

Hablar en prosa y en verso,
hasta que el hacha brillante
calce coturnos de fuego
en aurorizantes rayos,
si reiterados, no tersos.

Ines.

Pues á Dios.

Tomin.

Aguarda Ines;
¿Y si callar te prometo?

Ines.

Remitiré que merezcas
una silla en mi aposento.

Tomin

Yo callaré, mas despues
no ha de haber untos ni sebos,
solimanes, redomillas,
pasas, albayalde y huevos,
que yo no lo ponga, Ines,
entre rutilantes versos,
porque en la calle lo canten,
niños, mugeres y viejos.

ACTO TERCERO.

ESCENA PRIMERA.

Habitacion del Rey.

Salen el Rey y Fabio.

Rey

¿Llevaste, Fabio, á Lisena
la joya que te mandé?

Fabio

Ya, señor, se la llevé,
y por no darte mas pena,
no te he querido decir
lo que respondió enojada.

Rey

Vive Dios que ya me enfada
tanto esperar y sufrir:
¿cómo que no ha de valer
contra una esperanza incierta,
en las opiniones muerta,
la violencia del poder?
Corrido estoy.

Fabio.

Yo, señor,
este daño remediára,
con que tu Alteza olvidára
esta tema ó este amor;
que son en sus varias suertes,
si llegan á descubrirse,
tan fáciles al rendirse.

Y aquesta que ha dado ya
en resistirse atrevida,
antes perderá la vida,
que de su intento saldrá.

Rey.

Dices bien, viven los Cielos:
vé, Fabio, y avisa al Conde,
que venga á Palacio ya,
que pues que tan firme está
Lisena, y no corresponde
al amor que le he mostrado,
vive el Cielo que ha de ser
hoy de Lucindo muger,
aunque haya de ser forzado;
que muger que no ha querido
por guardar á un muerto ley,
admitir á un vivo Rey,
es razon que agradecido
el Conde bese su mano,
y yo quedaré envidioso,
pues con ser Rey poderoso,
me vence una flaca mano.

Fabio.

Voy á llamarle.

Rey.

Oye, espera,
por quien soy que me arrepiento,
y voy formando en el viento
una locura ó quimera:
mas vé volando.

Fabio.

Ya voy.

Rey.

Espera.

Fabio.

Tu gusto espero.

Rey.

Camina Fabio, que quiero
que sepa el amor quien soy. (1)
Si fue mayor la gloria y noble pago,
que dió en España á Cipion la fama
en no querer gozar la presa dama,
que el vencimiento ilustre de Cartago:
Y si despues de aquel lloroso estrago
de daño; mas famoso el mundo llama
al Macedon, que no violó su cama,
mi deuda con lo mismo satisfago.
No quiero que me estimen ni me alaben
las propias ni las bárbaras naciones,
de que en mi pecho sus grandezas caben;
No son los capitanes Cipiones,
ni Alejandros los Reyes, si no saben
vencer sus apetitos y pasiones.

ESCENA II.

Decoracion de Sala.

El Conde.

Nada amor á tu rigor
le debe un alma que pena,
que quien al cuerpo condena;
con tan injusto furor.
¿qué puede esperar amor
de tu pecho desleal,
sino es tener por bien el mal?

(1) *Vase Fabio.*

pues declaran tus hazañas,
que son tus tiernas entrañas
de acero, ó de pedernal.
No sé que sienta en sentir,
que me dés tan cruel castigo,
que aunque es mucho lo que digo,
me queda mas que decir.
Si me quisiste vestir,
niño amor de tus colores,
no será razon que ignores
que eres niño en el obrar,
que un niño no ha de callar,
que siempre son habladores.
Mudo me has hecho, y no sé
de que pueda servir mudo,
pues hablando temo, y dudo
si tus engaños sabré,
Locura terrible foé,
Celia me mata, y me abrasa,
pero pues engaño pasa
á tan injusto desden,
yo me vengaré tambien
cuando salga de su casa.

ESCENA III.

El Conde, y sale Tomin lacayo.

Tomin.

A la puerta Fabio está,
con un papel de su Alteza:
¿qué te duele la cabeza?
habla, señor, habla ya,
habla por amor de Dios
habla por santa María;
mira que es gran tirania

que andemos ansi los dos,
tu en no quererme hablar,
yo en no saber entender.
¿Qué tengo de responder,
porque le mande aguardar?
¿qué se vaya? si, reniego
del enojo que me enseñas: (1)
no vés que no sé las señas,
como eres mudo; y no ciego.
¿Qué le llame? no: ¿qué quieres?
por tu vida has de decillo,
que ya no puedo sufrillo.
¿No quieres hablar? ¿No quieres?
mira que me está aguardando;
¿Qué le dé limosna? no:
¿qué tome el papel? ¿quién? yo:
asi eso estaba esperando.
El demonio es no lo dudo,
quien estos enredos fragua,
mas quisiera beber agua,
que no servir á este mudo.

ESCENA IV.

El Conde.

¡Válgame el Cielo! ¿qué será que Fabio
venga con un papel, si acaso quiere
el Rey, que me descubra ya en Palacio?
¿pues qué tengo de hacer si el Rey me habla?
callaré, y sufriré, que vive el Cielo,
que aunque sepa perder la vida, y honra,
que no he de hablar palabra, hasta que Celia
hablar me mande, como fué el concierto.

(1) *Vá el Conde haciendole señas.*

Ay Celia hermosa, si con este intento
mereciese gozar de tu hermosura,
que afrenta á la del Sol, y á las estrellas,
y aun ellas dicen que no son tan bellas.
Si salgo (por callar) con esta empresa,
una estatua pondrán de oro, y plata:
tachonada de perlas, y rubies,
solo al silencio causa de que sea,
sin dar al alma, donde vive enojos,
dueño felice de tan bellos ojos.

ESCENA V.

Dichos, y sale Tomin.

Tomin.

¿Parecerme, ó me engañé,
que estabas agora hablando?
¿Si hablas que estás dudando?
que yo á nadie lo diré.
¿No soy criado leal?
habla por amor de Dios:
¿no quieres? no: voto á Brios
que es muy bellaca señal.
El ha de perder el juicio:
toma al papel, vesle aqui.
¿Responderéle? no, si:
ya de loco nos dá indicio:
habla, señor, ¿qué no quieres?
no hables, ¡ay tal rigor!
Por amor de Dios, señor:
¿qué esto puedan las mugeres?
Pues como en aqueso dés,
dos desventuras entablas,
sufrirte lo que no hablas,
y lo que has de hablar despues,

que un temerario hablador,
destos que la corte cria,
enfadado de que un dia
topó con otro mayor,
dió en callar, y fue de suerte,
que de callar enfermó
(aunque por callar no entró
en nadie jamás la muerte)
hablad marido llorando,
le decia la muger,
y el daba en no responder,
sino en morirse callando;
llamaron al confesor,
y allí que era fuerza hablar,
como comenzó á gustar
aquel sabroso licor,
comenzó á decir pecados
tan grandes, que parecia,
que sesenta años habia
que los tenia pensados.
Dijo que brujo habia sido,
y en contar como se untó,
mas de hora y media gastó,
hasta que el cura aturdido,
le dijo: mentís, que yo
algo de esto sé tambien,
que llamen quien sepa bien
de brujos como sé yo,
que por Dios que es fuerte caso.
Levántose el hablador,
y díjole al confesor,
oiga mis pecados paso.
Díjo el cura, hable seis dias,
y luego os confesaré,
que de represa no sé

que os oigan las piedras frias.
Tal me viene á suceder
contigo, señor, ¿qué dices?
¿que compre un par de perdices?
no, ¿tampoco? ¿que se aguarde?
sí, ¿que aguarde? ¡ah Cielo! yo
te prometo unas orejas
del barro de Talavera:
ahora bien, voyme allá fuera
á dar alivio á mis quejas.
Pero di, pues desatinas,
que he sido bruto elefante,
rayo, ó canoro brillante,
y otras frases vizcainas,
que toda cosa imperfecta
sufriré viéndote triste,
como no digas que fuiste
solo un instante poeta.

ESCENA VI.

El Conde.

Pues en aquesta ocasion,
lo que aquí he visto sufrí,
sin duda alguna que en mí
está muerto el corazon.
¡Ay Celia divina y bella,
cuántas finezas me debes!
mas dirás si no te mueves,
que todo amor lo atropella.
Quiero leer el papel,
á ver lo que el Rey escribe:
mas ya mi daño apercibe,
que viene mi muerte en él.

Lea el papel.

Conde, yo estoy servido de vos en el negocio que os mandé, que fue por saber que Lisena os tenia amor. Es tan grande el que os tiene, que con haberos fingido muerto, de tal suerte ha insistido en su firmeza, que ni ruegos, dádivas y promesas no han sido bastantes á oblandarla, diciendo, que pues vos estais muerto, que quiere dar fin á su vida en un monasterio, y yo agradecido á firmeza semejante, quiero que la veais, y que ella os vea, y pagueis su amor tan honesto y firme. Yo el Rey.

Representa

Ay, Celia, si de Lisena
hoy tomaras el amor,
pues cesando tu rigor
cesara tambien mi pena:
ay, Celia, qué de cuidados
cuestas á un Rey, y aun á mí,
pues que no tengo por tí
los pensamientos logrados:
ay, Celia, que de tu amor
nació un error semejante,
pues soy por tí ingrato amante
y de un Rey competidor;
mas aunque de mí se olvida
la que mas al alma amé,
mis intentos seguiré
aunque me cueste la vida.

ESCENA VII.

Dichos, y sale Tomin, lacayo.

Tomin.

Ya aguarda Fabio á la puerta,

¿qué le he de decir, señor?
no hubiera aquí un hablador
con una bocaza abierta,
y no este mudo fingido.
dí, ¿qué quieres que le diga?
habla, señor, si te obliga
el amor que te he tenido
¿que le diré á Fabio? ¿qué?
¿qué haga limpiar el pozo?
ya en él contemplo mi gozo.
¿No? ¿qué tampoco acerté?
¿pues qué? bendito sea Dios;
¿los trucos quieres jugar?
¿no? ¿qué quieres visitar
á un ropero? á dos, á dos.
¿No tampoco? ¿así, así,
ruedas, ruedas, coche, coche?
¿Qué has de ir á ver esta noche
al Rey? ¿qué ya te entendí?
Gracias á cuantos amantes
se han entendido por señas,
gracias á todas las dueñas
que hablan cifras semejantes;
gracias á justo ruego,
de quien saberlo he podido,
y gracias á algun marido
que entiende á su muger luego.
Pero aquesta no le doy
á la poca dicha mia,
pues he de andar todo el dia
como quien juega al rentoy.

ESCENA VIII.

Habitacon de Lisena.

El Rey y Lisena, Dama.

Rey.

Hoy tienes nueva causa de alegrarte.

Lisena.

¿Qué el Conde murió?

Rey.

Vivo es Lucindo,
y hoy ha de ser, Lisena, esposo tuyo,
que pues con tal rigor te has resistido
á mi poder, es justo que le goces,
y por el amor firme que has tenido,
quiero que con Lucindo del estado
de Viciniano goces juntamente.

Lisena.

Beso tus pies mil veces, pues en ellos
he hallado el bien que imaginé perdido.

Rey.

Por pensar que en la muerte de Lucindo
estaba mi remedio, se ha fingido
muerto, como te he dicho.

Sale Febio.

El Conde viene.

ESCENA IX.

Dichos, y sale el Conde y Tomin, y arrodíllanse a

Rey.

Rey.

Alza, Conde, del suelo, y á Lisena
agradece el amor que te ha tenido.

Lisena.

¡Ay, Conde mio, mi pesar mitigas:
tu vista ha dado á mi dolor remedio.

Rey.

¿Dónde has estado? ¿no respondes? habla;
¿estás mudo? ¿qué tienes?

Fabio.

¡Caso estraño!

Lisena.

Aun falta á mi desdicha
mayor daño.

Fabio.

Papel y pluma pide.

Lisena.

¿Qué es aquesto?

Rey.

Dale, Fabio, papel al Conde presto;
¡Cielos, qué es esto?

Lisena.

Mi desdicha ordena
lo que has visto, señor.
¿no oyes, Lucindo?

Rey.

Que si responde;

Fabio.

¿Cómo no me hablas?

Rey.

La cabeza señala ¡caso estraño!

Fabio.

Aquí el recado está.

Rey.

Lucindo escribe:
Por el Cielo Divino que me pesa,
Lisena hermosa, y imagino y pienso
que pueda ser el mal que el Conde tiene;

Fabio

Ya lo escribe, señor, el Conde.

Lisena.

¡Ay, Cielo!
grandes peligros en mi amor rezelo.

Fabio.

Ya ha escrito el Conde

Rey.

Dadme el papel presto.

Lee el Rey.

Por esconderme con mayor secreto como me mandaste, me metí en una cueva de casa, donde por la mucha humedad he perdido la habla, y esa es la causa, gran señor, de no responder á tus preguntas.

Representa.

Viven los altos Cielos, que me pesa.

Fabio

Yo ví, señor, lo mismo en un navio,
que el agua rebalsaba por el fondo:
quitó la habla á muchos marineros,
y despues con el tiempo la cobraron.

Rey.

De su desgracia con razon me pesa.
Haz, Fabio, que publiquen al momento
por toda Italia, que quien diere al Conde
sano del mal con que al presente vive,
que le daré diez mil ducados de oro.

Fabio

Tu pensamiento con razon ignoro,
porque ofrecerles los diez mil ducados,
sin imponerles pena, que les ponga
miedo, si no se atreven á curalle,
á cualquiera pondrá, señor, deseo
de curarle, por ver si acaso sana,

y con tantos remedios esquisitos,
podrá ser que le quiten habla, y vida.

Rey.

Tienes, Fabio, razon, pues haz que digan
en el pregon, que el que curar quisiere
al Conde, en precio de diez mil ducados,
pongan diez mil en forma de deposito,
y que estos pierda aquel que se atreviere
á curarle, y no salga con su intento,

Fabio.

Este, señor, es cuerdo pensamiento.

Rey.

Lisena, este es el Conde, yo no puedo
hacer mas por tu amor, ni por el suyo;
saben los Cielos que tu pena siento,
y que quisiera luego remediarla;
quedate á Dios.

Lisena.

Tus pies, agradecida
beso mil veces.

Rey.

Guarde Dios tu vida.

ESCENA X.

Lisena, Tomin, y el Conde.

Lisena.

¡Ay, Tomin! ¿qué tiene el Conde?

Tomin.

No sé, con varios suspiros
al Cielo mira suspenso.

Lisena.

Sin duda á matarme víno.
Señor Conde de mis ojos,
si con palabras obligo

á que digais que sentis,
aquí está un pecho rendído:
¿qué teneis, Conde, y señor?

Tomin.

Yo, que siempre fuí el martillo
de aqueste Caton, ansi
sus señas declaro, y digo,
en aquel juntar lás manos,
á la cabeza te dijo,
que la semana que viene
ha de ir á Francia.

Lisena.

¿Qué indicio
dás, Tomin, de tu locura?

Tomin

Porque segun el me ha dicho,
tiene ciertas lamparones,
y que los Reyes divinos
curan por gracia de Dios.

Lisena.

Señor Conde, esposo mio,
qué teneis? ¿porqué no hablais?
advertid esto que os digo.
¿Si por casaros forzado
el Rey mi señor conmigo,
este mal fingido haheis,
yo digo, que mas estimo
vuestro gusto, que mi honra,
¿qué decis?

Tomin.

Agora digo,
si no me engaña la vista,
que ha de haber falta de trigo,
mas que habrá muchos garbanzos.

Lisena.

Ay Tomin, locura ha sido,
que aquel mover de las manos,
y llegarlas el oido,
es decir que á la cabeza
le falta el mejor sentido:
¿no es verdad, señor?

Tomin.

Agora
sé yo muy bien lo que dijo.

Lisena.

¿Qué?

Tomin

Que tiene comezon.
y no me espanto ni admiro,
porque ha ocho días, y mas,
que no se muda vestido.

Lisena.

¿Es verdad, señor?

Tomin

Y ahora, si yo no me engaño dijo,
que tiene hecha una promesa
al devoto san Francisco,
y que ha jurado hasta entonces
de no decir, esto es mio,

Lisena.

Si mis palabras os mueven,
Cielos santos, y divinos,
dad fin á tan grave mal,
y á mis desdichas principio,
¿señor Conde, sentis algo?

Tomin

¿No entiendes lo que te dijo?

Lisena.

No, Tomin.

Tomin.

Que nécia eres,
que ha bebido mucho vino,
y le duele la cabeza;
no es negocio de peligro,
mira como lo entendió,
y se vá. *Vase el Conde.*

Lisena.

Cielos divinos,
tened lástima de mi. *Vase.*

Tomin.

Viven los Cielos, que envidio
á los mozos de los ciegos,
despues que á este mudo sirvo,
porque entienden por lo menos:
y escuchan bien lo bien dicho.
Plegue á Dios que cuando hables,
si no es que el habla has perdido,
que hables, el mundo lleno
de vocablos esquisitos,
y que tantos habladores,
te los hayan consumido,
que llamen al pan tinaja,
y costal de cuero al vino.

ESCENA XI.

Decoracion de Sala.

Celia, Lisardo y Ines, Criados.

Lisardo.

Que el Conde enmudeciese ¡caso estraño!

Celia.

Mas estraño es el caso que tu piensas;

Lisardo.

¿De qué manera?

Celia.

Ves, señor, que el Conde
no habla.

Lisardo.

Ya lo veo

Celia.

Pues yo he sido
la causa de que calle.

Lisardo

¿De qué suerte?

Celia.

Mandéle yo callar, y asi ha callado;
y basta que yo le mande lo contrario,
estará de la suerte que tú sabes.

Lisardo.

Pues ocasion te ofrece agora el Cielo
de que aumentes tu casa y tu linage,
que le ha pesado al Rey con tanto estremo
la enfermedad del Conde, que ha mandado
diez mil ducados á quien se atreviere
á curarle, es verdad que ha puesto en ello
una pension notable.

Celia.

¿De qué suerte?

Lisardo.

Que ha de poner otros diez mil ducados
en el poder del Rey depositados;
porque si acaso á no curarle acierta,
se quede sin el uno y sin el otro.

Celia.

Pues padre, yo nací con buena estrella,
ocasion me promete la fortuna
de dar á mi linage ilustre nombre.

yo he de curar al Conde.

Lisardo.

¿De qué modo?

Celia.

Mandándole hablar.

Lisardo.

Que haya ignorantes
que se priven del habla: ¡caso estraño!
¿Pues dónde tienes tú diez mil ducados,
Celia, para dejarlos en resguardo
de que la cura acertarás?

Celia. (pren

El Conde mas de ocho mil me ha dado, y so
buscaré los dos mil muy facilmente,
y iremos á Palacio los dos juntos,
donde tendrás los veinte mil ducados,
que están para mi dote dedicados:
con estos veinte mil, quién tiene duda,
y con la fama que hoy ganar pretendo
de muger sábia, que hallaré un marido,
en tantos pretendientes escogido.

Lisardo.

Mira, Celia.

Celia.

Señor, no me repliques.
Vente conmigo, Ines, tú, señor, parte,
y sobre prendas que doblado valen,
me buscarás estos dos mil ducados.

Lisardo.

Yo voy, pues es tu gusto, *Vase.*

Ines.

Aquí han llegado
Feniso con Roberto.

Celia.

Entren al punto.

ESCENA XII.

Ines, Celia, y salen Feniso y Roberto galanes.

Roberto.

¿No sabes lo que ha pasado,
Celia?

Celia.

O amigo Roberto,
¿hay de nuevo alguna cosa?

Roberto

Que ha prometido Rugero
diez mil ducados en oro
á quien ...

Celia.

Ya todo lo entiendo:
Feniso y Roberto, yo
curar hoy al Conde quiero.

Roberto

¿Tú? ¿de qué manera?

Celia.

Allá vereis los dos el remedio.

Feniso

¿Estás loca? ¿pues no sabes,
que es condicion aquesto,
que el que quisiere curarle,
sea humilde ó caballero,
tiene de depositar
diez mil ducados?

Celia.

Yo tengo diez mil ducados.

Feniso.

¿Tú?

Celia.

Sí.

Feniso.

¿Cierto?

Celia.

Lo que digo es cierto,
y con veinte mil ducados,
que ya por ciertos los tengo,
yo sé que me casaré
con un noble caballero.

Roberto.

¿Casaráste con el Conde?

Celia.

No quiero Condes, ni quiero
Altezas, ni Señorías,
sino mi igual; al Rey temo,
tengo de cumplir su gusto.

Roberto.

Yo soy noble caballero.

Celia.

No quiero cuentos con Reyes,
pues que yo en mi gusto reino;
de los dos será mi esposo
el mas prudente y mas cuerdo
que yo viere en la ocasion.

Feniso.

De ser tu esclavo prometo.

Celia.

Vamos á Palacio agora,
que despues lo trataremos,
que pienso que el Rey aguarda,
Ines.

Ines.

Señora.

Celia.

Al momento
te cubre tu manto y vamos,
y en ese cofre pequeño
el dinero llevarás.

Feniso.

¿Cuánto llevas en dineros?

Celia.

Ocho mil.

Feniso.

Por vida mia,
mi esposa será, Roberto.

Roberto

No sino mia, Feniso.

Feniso.

Bueno está ya

Roberto.

Hablemos quedo.

ESCENA XIII.

Habitacion en Palacio.

Sale el Conde.

Basta amor, que te has mostrado
conmigo tan riguroso,
que aun hasta del ser celoso
licencia no me has dejado.
A Celia escribí un papel,
no sé que responderá,
si ya mi desdicha está
cifrada en la forma dél.
¿En qué ha de parar, amor,
tantas locuras y enredos?
al alma nacen mil hierros,

que del Rey temo el rigor:
mas aquí viene Tomin,
¡Cielos, qué habrá respondido!

ESCENA XIV.

El Conde, y sale Tomin.

Tomin.

El juicio traigo perdido
Ah, señor, señor; qué en fin
te dura aquesa locura?
Harto mejor, señor, fuera
que tu engaño conociera
lo que esta infame procura,
pues habiendo ya sabido
que el Rey dá diez mil ducados,
todos en oro contados,
aqueste tu mal fingido
remediaru: á Palacio viene,
diciendo que ha de curarte,
mira si para engañarte,
nuevos engaños previene,
Es posible que tu seas
tan loco, tan ignorante,
tan aborrecido amante:
¿qué muger tan vil deseas?
¿estás loco, tienes seso?
¿tienes honra? ¿tienes ser?
¿quieres en tu casa ver
algun infeliz suceso?

Conde.

Vive Dios.

Tomin.

Ah pena tal;
cogite esta vez: ¡ay tal!

todo la industria lo allana:
hablando con libertad
te he cogido aquesta vez.

Conde.

Yo mismo he de ser juez
esta vez de su maldad.
¿Qué dices nécio?

Tomin.

Obligóme
ver que esta falsa insolente,
por interes solamente
á pechos la empresa tome:
¿no basta ocho mil ducados,
sino tambien veinte mil?

Conde.

En sus manos de marfil
y de cristales helados,
no se emplean bien, Tomin.
Deja que los lleve, deja
que satisfaga mi queja,
y dé á mis pesares fin:
deja que este angel divino
lleve esos diez mil ducados.

Tomin.

Sin duda que tus cuidados
dán en nuevo desatino.
¿Estás loco?

Conde.

¿Qué he de hacer
si el interés la cegó?
yo pienso hacer como yo,
si ella hace como quien es,

Tomin.

Señor, mira,

Conde.

Necio, olvida
lo que yo no temo y dudo.

Tomin.

Ah, quién fuera agora mudo,
para no hablar en su vida.

ESCENA XV.

Dichos, el Rey, Lisardo y Fabio.

Rey.

¿Vuestra hija quiere curalle?

Lisardo.

Verá vuestra Alteza en ella
el ingenio mas agudo
que han visto Italia, ni Grecia,
ni la discrecion de España.

Rey.

De las mugeres se cuentan
cosas estrañas: ser puede,
lo que no es razón se crea
hasta verlo con los ojos.

Lisardo.

En las escuelas de Atenas,
estudió, señor, mi hija,
en su edad florida y tierna,
y á muchos sábios que fueron
sus condiscípulos della,
les dejó mi hija atras,
en lo que es aquesa ciencia.

Rey.

¿Es hermosa?

Lisardo

Por estremo.

Rey.

¿Y cómo se llama?

Lisardo.

Celia.

Fabio.

Aquí está esperando el Conde
con la señora Lisena.

Lisardo.

Entre mi hija tambien.

Rey.

Mucho me holgare de vella,
por la fama celebrada
que me ha dado tantas nuevas.

ESCENA XVI.

...os, y salen Celia, Lisena, el Conde y los demas

Celia.

Dadme, señor, vuestros pies.

Rey.

No es justo que á la belleza
aquese lugar se dé,
que sois por estremo bella:
¿sois vos quien quiere curar
al Conde?

Celia.

Sí señor.

Tumen.

Deja el desatino en que estás,
y de esta infamia te venga.

Rey.

¿Cómo lo habeis de curar?

Celia.

Con dos palabras.

Rey.

Pues sea.

Celia.

No soy empírica yo,
que curo por esperiencia,
ni mínica.

Rey.

Con medicinas y yerbas
suele ser mas importante.

Celia.

Eso llaman farmacéutica.

Tomin.

¡Hay enredos semejantes!
que Celia estas cosas sepa.
Deben de ser bernardinas,
porque ella toda su ciencia
fue rapantis mentecatis,
ley dar, párrafo moneda.

Rey.

Ya el Conde esperando está.

Lisardo.

Celia, á curarle comienza.

Rey.

¿Está ya depositado
el dinero?

Fabio.

En mi presencia
lo entregó, Celia, señor.

Tomin

¡Ah, quien fuera el Conde!

Lisardo.

Llega
á curar al Conde, hija,
porque ya espera su Alteza.

Celia.

Comienzo en nombre de Dios.
Ah, señor Conde, aquí llega
á suplicaros rendida
una humilde esclava vuestra,
que hableis ya.

Tomin.

No ha respondido.

Celia.

Yo soy, mi Lucindo, aquella
que os mandó callar entonces,
para probar la firmeza
que mostrabais en mi amor.

Tomin.

Por vida que no despliega
los labios.

Celia.

¿No respondeis?
desatad mi bien la lengua,
y mirad que vuestra esposa,
humildemente os lo ruega.

Tomin.

Vive Dios que no responde.
El se venga, linda treta:
por Dios que es hombre de bien.
Quien se le vió decir, deja,
deja, Tomin, que se lleve
esos diez mil ducados Celia bella,
con esas manos de azabar,
de jazmin y de violetas:
vivan los Cielos que siempre
imaginé que esto fuera.

Celia.

¿No respondeis, Conde mio?

Tomin.

Vive Dios, si no supiera
que ha poco que me habló,
que por mudo le tuviera.

Celia

Mirad que es bajeza grande
vengaros de esa manera
de una muger que os adora,
y su firmeza os enseña.

Tomin.

Echó la tranca, por Dios
que de campiña se cierra;
no soy empírica yo,
que curo por esperiencia,
ni clínica con venenos,
por Dios que le salió güera
á Celia la medicina,
esto llaman forma ceútica.

Rey

¿Cómo no habla Lucindo?

Fabio

Pienso, señor, que no acierta
Celia con la medicina.

Tomin.

Fáltanle dos ó tres letras
á las palabras.

Lisena.

¿Señor,
curaré al Conde?

Rey.

Lisena,
pienso que lo intentes tú.

Lisardo.

¿Qué es esto, hija?

Celia

Que se venga
desta suerte el Conde en mí.

Tomín

Por Dios que es burla la ciencia.

Celia

¿Ah señor, Conde, no hablais?

Tomín

No aprovecha.

Rey

¿No aprovecha?
¿Falta mas?

Celia

Una palabra.

Tomín

O gran, que los Godos echa.

Celia

Conde y señor, si hablais,
esta mano os dá Celia
vuestra, á todo vuestro gusto.

Tomín

Vive el Cielo, que es de piedra.

Rey

¿No hay remedio?

Tomín

No hay remedio.

Rey

Pues váyase tú, Livora,
que pienso que tú sabes
la sentencia mas verdadera.

Livora

¿No hablais, Conde y señor?

Conde

Agora hablaré, Livora,
y que soy vuestro marido,

la primer palabra sea.

Tomin.

En fin, parió.

Rey.

Si es tu gusto,
dale la mano, Lisena.

Lisena.

Y el alma tambien le doy.

Feniso.

Roberto, cargad con Celia.

Roberto.

A un turco, que yo me voy.

Feniso.

No voelvo á casa con ella.

Celia.

Vamos, padre, á Dios, ingrato.

Lisardo

Maldiga el Cielo tu ciencia.

Tomin.

¿Y á Tomin no le dán nada?
ya de Tomin no se acuerdan.

Rey

Los diez mil que Celia trujo.

Tomin.

En verdad que no eran della.

Rey

Y al Conde Lucindo doy,
con la señora Princesa,
de Viciniano el Estado.

Conde.

Y aquí acaba la comedia,
llamada el desdén vengado,
que asi un desprecio se venga.

Tomin, criado del Conde, le echa en cara que
me á una muger que es desigual á él por su cualidad
e coqueta cuando menos, y que admite en su casa á
antos quieren obsequiarla, siendo una verdadera
scona y anzuelo de pisaverdes Fabio, criado tam-
n del Conde, le increpa sobre lo mismo, partici-
dole que habiéndose, segun sus órdenes, aproxi-
ado á la casa de Celia, habia encontrado abierta la
erta y muchos embozados que entraban Con efecto,
oco rato sobreviene Feniso, que canta á los um-
les un soneto, siguiendosele inmediatamente Ro-
lo, que hace lo mismo. Despechado el Conde se
rca á pedir celos á Celia, la cual le reconviene del
o honor que la hace con tales desconfianzas: le
gura que los dos embozados habian ido á visitar á
padre en aquella tarde, y le despide enojada Lise-
enamorada del Conde se lamenta de su desamor,
poniéndose atraerlo, cuando Rugero, Rey de Ná-
s, la manifiesta su pasion, ofreciendo á sus pies
orona; mas ella le desengaña, declarando tiene
ta su aficion en otra parte, aunque le oculta en
n. Procura el Rey averiguar del Conde si es
nte de Lisena, y cuanto mas le pondera el Conde
rendas de su dama, tanto mas se confirma en
es la que á él le desdeña Tomin es quien le ade-
mas noticias, manifestándole estar su amo a-
nado de una dama que siempre le está pidiendo,
que no se halla el Conde en estado de satisfacer
su pobreza, y consigue con sus agudezas que le
atro mil ducados para su amo Feniso pide tam-
celos á Celia, y esta le prescribe las reglas que
observar todo amante que no quiera pasar por

necio A Roberto le pondera las escelencias de la ge
nerosidad, y sobreviniendo el Conde, y noticiosa po
su criada Ines de que el Conde tiene entonces diner
le lisongea y se le muestra favorable hasta sacarsel

Pregunta el Rey á Fabio, criado del Conde, com
podrá averiguar si este es querido de Lisena, y Fab
le sugiere la idea de que se esconda, mientras él da
Lisena la falsa noticia de la muerte del Conde. Efe
tivamente lo hace asi, y los sentimientos de aquel
dama manifiestan claramente el amor que Lise
profesa al Conde; en vista de lo cual manda el R
á este que se esconda por seis dias. Tomin vuelve
significar al Monarca el mal estado del bolsillo de
amo, y que despreciándole por esta causa su dam
y padeciendo de celos, teme que no cumpla bien
precepto que le ha impuesto de esconderse, y con
gue que el Rey le dé otros cuatro mil ducados. Lisa
do padre de Celia, la reconviene de lo que perjud
á su honor la entrada de tantos pretendientes en
casa, mandandola que se decida por alguno. Ido
padre entra Feniso, y aunque piensa Celia no deja
entrar, la vista de una cadena de oro que lleva pu
ta hace que mude de idea: consigue que se la rega
y en seguida le desengaña abiertamente. Entra R
berto quejoso de que siempre que entra encuen
otro que sale, y Celia le dice que el que ha encont
do es Feniso, que marchaba despechado por habe
dicho que Roberto era su esposo, con cuya sutilez
aplaca, y logra que le regale doscientos escudos.
breviene el Conde, y á este le espresa que su pa
ha dado su mano á Roberto; pero que todo puede
mediarse si él quiere ser su esposo Manifiestale
tonces el Conde la orden que le ha dado el Rey,
diante la cual, pero no siendo posible privarse
todo aquel término de su vista, viene á esconders

n casa. Celia se opone á tal designio, y al fin accede recedido juramento de conducirse con toda la deli- adezá de caballero, respecto á su honor. Entretanto l Rey hace que se presente á Lisena el título de Prin- esa de Viciniano, que agradece, pero no admite, man- ando digan al Monarca que habiendo muerto el onde, piensa acabar sus dias en un monasterio; sin ue este desengaño aparte todavia al Rey de su in- nto. No pudiendo el Conde resistir al deseo de ver á elia, llama á su aposento, y Celia le permite perma- ecer en él, bajo juramento de callar hasta que ella mande romper el silencio.

Convencido ya el Rey Rugero de la constancia de isena para con el Conde, manda llamar á este. Fa- o le entrega un papel de parte del Soberano, y dan- le á entender Tomin que aguarda la respuesta, el nde en cumplimiento del juramento nada le res- nde. El papel contiene el aviso de Rugero, que le rticipa la constancia con que le ama Lisena, segun prueba que ha hecho, mandándole la vea. Declara Rey á esta que el Conde vive, y que en el mismo a ha de ser su esposo, en premio de su firmeza. El nde á presencia del Rey y de Lisena se obstina en llar, de modo que hace creer á entrambos que está udo, y deseoso el Rey de su alivio, manda publicar su nombre el premio de diez mil ducados á quien ertare su cura restituyendole el habla; pero debien- depositar el que á ello se atreva otra igual canti- d. La codiciosa Celia, con la seguridad de que el nde no hablará hasta que ella se lo mande, se pro- ne ganar aquella cantidad, y se presenta ofre- ndo curarle; pero desengañado el Conde de su fidia, y agradecido á la ternura de Lisena, no dece al precepto de la primera, y suelta la lengua larandolo todo á la insinuacion de Lisena, casan-

dose con ella y castigando así el desden de Celia

Bien podia tener esta Comedia el título de *la co*
dicia castigada, pues verdaderamente no son desde
nes los de Celia, sino bellaquerias con que chupab
á tantos galanes, que digase lo que quiera de la de
licadeza de los hombres en aquel tiempo, debian te
ner harta paciencia, y ser como suele decirse, unos
Juanes Lanas: y lo mismo debe decirse de las dama
que aquí se pintan, mas bisconas de pesos que d
amores. No tiene pues esta composicion dramátic
del imitador mejor de Calderon una base moral fij
sobre que directamente gire; y á ser menor y desnud
de episodios, constituiria un buen sainete. Fuera d
esto, la accion tiene unidad y corre sin detenerse
su desenlace: el caracter del Conde interesa el de Celi
tiene por algun tiempo indeciso al espectador, el a
mor de Lisena le lastima, Tomin le divierte, y Ru
gero es indispensable para desatar el nudo de l
accion. El enredo, para haber seguido Rojas muy c
cerca las huellas de Calderon, no puede mirarse po
inverosimil; y se nota en esta como en otras pieza
que sabia ser sencillo con la misma facilidad que con
ceptuoso y gongorino; y que cuando incurria en es
estravio, no era porque no conociese su estravagan
cia. Asi es que los dos sonetos en el primer acto un
en boca de Fenisо que empieza:

Armas de amor, señora, son tus ojos,

y el de Roberto:

¿Qué mal te hice? no, ¿qué tanto mal?

parecen compuestos adrede para ridiculizar semejan
estilo. Compárense si no sus alambicados conceptos co
lo natural del lenguage del Conde, quejándose de l
conducta de Celia.

No hay disculpa que me cuadre:
y el estar tú levantada
á estas horas, y la puerta
de los balcones abierta,
es razon averiguada
que algunas culpas se encierran
en tus fingidas razones:
que las puertas y balcones,
Celia, de noche se cierran:
mira si es engaño llano
lo que presumen de tí
mis criados.

Lo mismo puede decirse de la leccion dada en bo-
le Celia á los amantes quisquillosos, que ademas
facilidad con que está escrita, pinta el caracter
na muger coqueta y enemiga de sujecion en ma-
de amores.

Primeramente,
el galan que quiere serlo,
no ha de querer de nosotras
mas de aquello que le demos.
Si acaso estamos en misa,
no ha de entrar en ella á vernos,
y si entrare, muy de paso,
y sin pararse suspenso
al sacar agua bendita,
ni al dar á la cruz el beso.
Si nos encuentran hablando
con hombre, sea mozo ó viejo,
no alborotar la caza,
que es disparate de necios.
Si alguno nos visitare,
no ha de preguntar riñendo
á la criada, quien es,

ni que busca al escudero.
Si á las ventanas estamos,
no ha de parar un momento,
y si para, ha de parar
hasta que pase el platero.
Estas son las condiciones:
y cierranse con el sello
de pagar veinte doblones
cada vez que pida celos.

Los diálogos de Tomin con el Rey, cohonestado con la licencia que se dispensaba antiguamente á los bufones, están escritos con naturalidad, y sembrados de las sátirillas que nuestros antiguos dramáticos ponian en boca de los graciosos, mas particularmente encargados de esgrimir el azote de Momo. Está lleno de gracejo el juramento de Tomin en manos de Ines por el contraste que forma con el de su amo el Conde en las de Celia

Conde.

Por aquestas manos bellas,
que del mundo son esferas,
donde se ven diez hileras,
de relucientes estrellas.
Por el zafir y coral,
que en su círculo le muestra. &c.

Tomin.

Por esas dos manecillas
de ternera y sus cuajares,
y por esas dos cucharas
con que haces albondiguillas.
Por esas dos longanizas &c.

Resuelto Rugero á vencerse asi mismo obrando

erosámente en favor del amor que Lisena profesa
Conde, se espresa en un soneto que no es de los
enados entre la multitud de los que se leen en
tro teatro antiguo, tanto por su diccion, co-
por el pensamiento moral que encierra.

Si fue mayor la gloria y noble pago,
que dió en España á Escipion la fama
en no querer gozar la presa dama,
que el vencimiento ilustre de Cartago:
Y si despues de aquel lloroso estrago
de daño, mas famoso el mundo llama
al Macedon, que no violó su cama,
mi deuda con lo mismo satisfago.
No quiero que me estimen ni me alaben
las propias en las bárbaras naciones
de que en mi pecho sus grandezas caben.
No son los capitanes Escipiones,
ni Alejandros los Reyes, si no saben
vencer sus apetitos y pasiones

oncluiremos diciendo lo bien ideado de las escenas
e Tomin se empeña en interpretar las señas de
no, y creemos que aun en el dia se veria con
en las tablas esta Pieza, que como otras de su
, están espulsadas del repertorio con sobrado

EDIAS REPRESENTADAS EN TIEMPO DE LA RITA LUNA Y DE MAIQUEZ EN TAMAÑO de 8.º

l' Epee.
ia.
o y Clara ó los dos presos.
enon (tragedia).
ek
tes generosos.
y la intriga.
(el).
abradora.
de Bagdad (ópera).
y Dorsan.
oso (el).
ntina y Desormes.
de Olbach.
Duque de Viseo.
Fulgencia ó los maniáticos.
Gombela y Suni-Ada.
Muger celosa.
Opresor de su familia.
Pablo y Virginia.
Padre de familia.
Presos, ó el parecido (ópera.).
Prueba caprichosa.
Reconciliacion ó los dos hermanos.
Solteron y su criada.
Virtud en la indigencia.
Un loco hace ciento.

SIGUEN LAS COMEDIAS EN 8.º

por el tejado ó la Marcela.
iza en el laberinto.
alpa (tragedia)
y Montcasin (tragedia),
peligroso.
ó Roma libre (tragedia).
de bronce.
y Signoris.
ra (el).
e.
(tragedia).
ento por fuerza.
os en el aire.
as).
ebajo del olmo.
ro (el) y el secretario.
a de Castilla.
acion de Venecia.
to anulado.
ismo y presuncion.
bre de Antaño.
s veo tantas quiero.
y la naturaleza.
ro de Portugal (tragedia).
cho García de Castilla.
Doña María Pacheco.
Dorotea (la).
Dos épocas.
Dos preceptores.
Dos sargentos franceses.
D. Dieguito.
Edipo (tragedia.)
Eduardo y Federica,
Efectos de un mal ejemplo.
Elvira portuguesa.
Enamoradizo (el).
Escuela de los jueces.
Español y la francesa.
Escuela de la Amistad.
Guzman (tragedia.
Hipócrita.
Hipócrita pancista.
Hombre de la Selva negra.
Huérfana de Bruselas.
Huerfanita.
Imperio de las costumbres.
Indulgencia para todos.
Ir contra el viento.
Jóven de sesenta años.
Jugador.

Lo que son mugeres.
Lo que puede un empleo.
Lugareña orgullosa.
Marica la del puchero.
Marido de dos mugeres.
Mentira contra mentira.
Mi retrato y el de mi compadre.
Misantropía y arrepentimento.
Morayma (tragedia).
Muerte de Abel (tragedia)
Muger por fuerza.
Muger varonil.
Novia tapada.
Numa (tragedia)
Numancia destruida (tragedia)
Opera cómica.
Oscar, hijo de Osiam (tragedia).
Pancho y Mendrugo.
Pelayo (tragedia).
Polixena.
Ràbula (tragedia)
Raquel (tragedia).
Rey Eduardo.
Sancho Ortiz de las Roelas.
Sofonisba (tragedia).
Tal para cual.
Tonta (la) ó ridículo novio.
Treinta años, ó vida del jug
Vergonzoso en Palacio.
Viajante desconocido.
Vieja y los calaveras, ó la p
Virginia.
Viuda de Padilla.
Una noche de novios.
Una travesura (ópera).
Zenobia y Radamisto.

MUSEO DRAMATICO.

Actriz, militar y beata.
Amante misterioso.
Arturo ó los remordimientos.
Al pie de la letra.
Caer en el garlito.
Caer en sus propias redes.
Celos.
Ciego.
Cuentas del zapatero.
Cartas del Conde-Duque.
De una afrenta dos venganzas.
Dos muertos y ningun difunto.
Duque de Altamura.
En paz y jugando.
Es un niño.
Enrique de Trastamara.
Espectro de Hiver-sein.
Favorita (la)
Gaceta de los Tribunales.
Galan invisible.
Halifax ó pícaro y honrado.
Hija de Cromwel.
Hijo de Cromwel.
Hijo del emigrado.
Idiota.
Ingeniero ó la deuda del hon
Madre y el niño siguen bien.
Marido desleal.
Novicio.
Opera y el Sermon.
Otra noche toledana.
Penitencia en el pecado.
Por no escribirle las señas.
Posada de la Madona.
Quien será su padre.
Ricardo el negociante.
Robo de Elena.
Secreto de una madre.
Tio Pablo ó la Educacion.
Trapisondas por bondad.
Tercera dama duende.
Un amante aborrecido.
Ultimo de la raza.
Un mal padre.
Un casamiento provisional.
Un quinto y un párvulo.
Un rival.
Un soldado de Napoleon.